

NOVISIMA







ΝΕΩΤΕΡΑ  
ΓΕΟΓΡΑΦΙΑ  
UNIVERSALIS



TOMO I

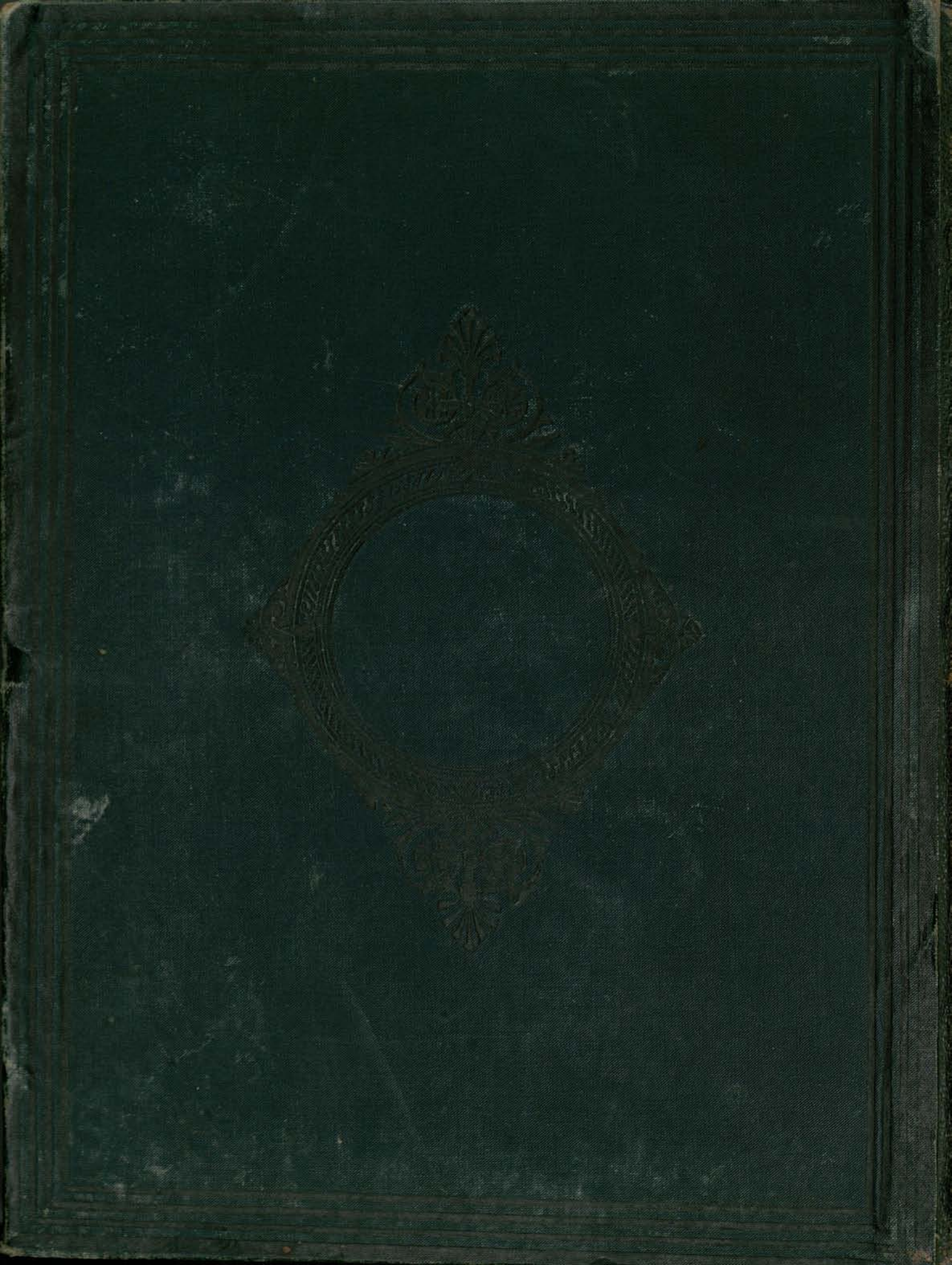


F. D.

SALVATELLA  
BARCELONA



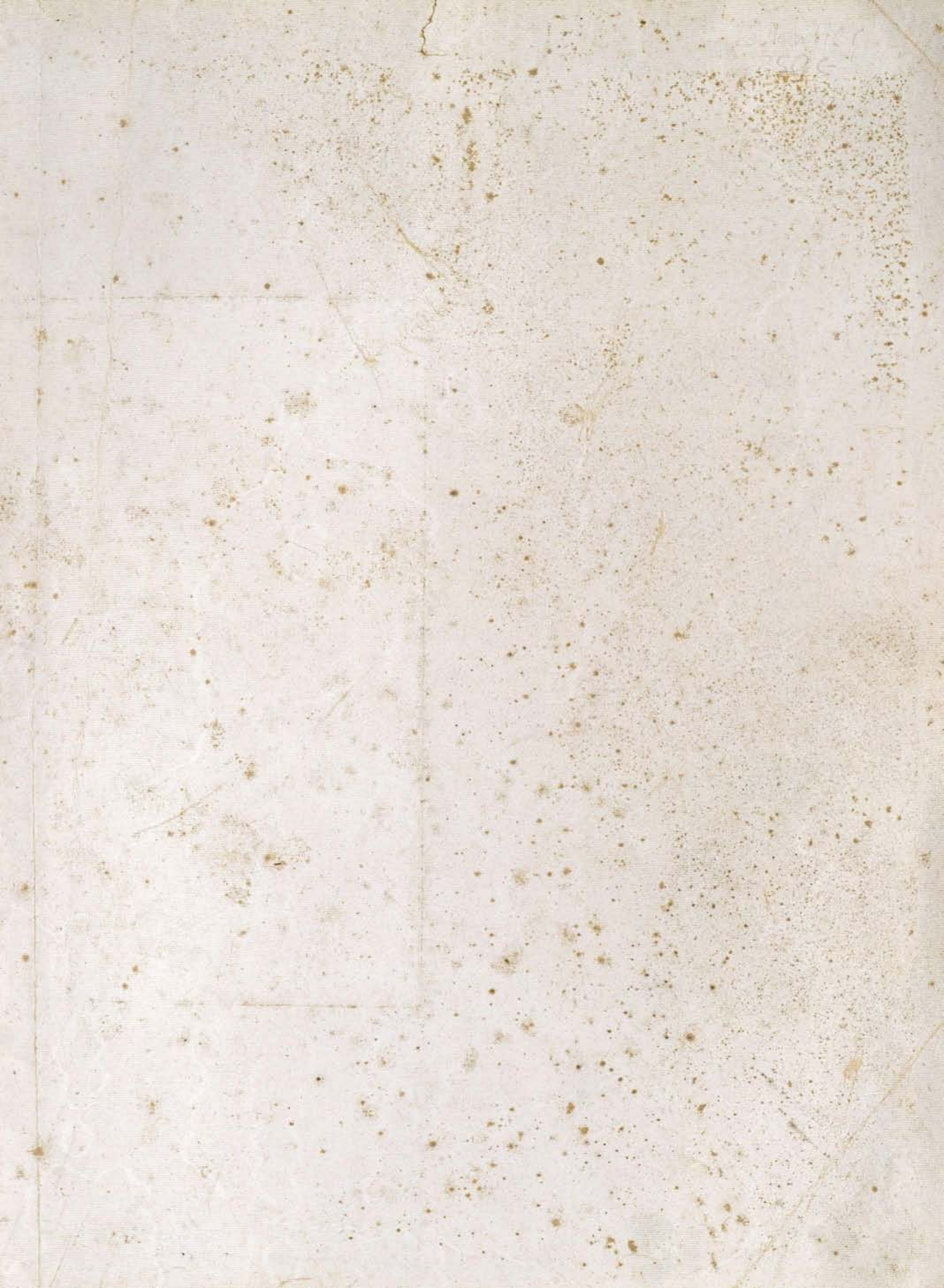






H. v. v.







(9423)

ATOMOS CSD 64

25

BERE



NOVISIMA

GEOGRAFÍA UNIVERSAL







A-2690/1

R.133878

12





GEOGRAPHIA

# UNIVERSAL



LAVALLEE  
 BEAUDAIN  
 GREGOIRE  
 MALTE-BRUN  
 MAURY  
 SAINTE MARTIN  
 TOPINART  
 CORTÉS  
 HADTERAS

COLON  
 MAGALLANES  
 BASCO DE GAMA  
 LIVINGSTONE  
 BYRON  
 STANLEY  
 NORDENSCOLD  
 J. ROSS  
 YER  
 NO



SALVATELLA EDITOR  
**BARCELONA.**

LABARTA Y GONZALEZ.

Lit. Busquets y Vidal, Barcelona.



# NOVISIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

Ordenada á la vista de las descripciones y narraciones de los descubridores, geógrafos y viajeros

AMÉRICO, BEAUDAIN, BEECHY, BRUCKHARDT, CABOT  
CAMERON, CLAPPERTON, COLON, COOK, CORTEMBERT, CHARDIN, DUMONT  
D'URVILLE, DUPERREY, GREGOIRE, HUC, HUMBOLDT, KRUSENSTERN, LANDER, LAVALLÉE  
LEICHHARDT, LIVINGSTONE, MAGALLANES

**MALTE-BRUN**

MAURY, NÚÑEZ DE BALBOA, ORBRIGNY, PARKINS, PALLAS, PENN, SAINT-MARTIN  
STANLEY, TOPINARD Y VASCO DE GAMA

COMPLETADA CON LOS MÁS RECIENTES DATOS DE ESTADÍSTICA OFICIAL

POR

**R. de LL.**

*Edición ilustrada con verdadera profusión de grabados, mapas iluminados y cromolitografías, representando montes, valles  
grutas, volcanes, ventisqueros, cascadas, ríos, mares, tipos, costumbres y monumentos  
por los artistas españoles*

Alabern, Busquets y Vidal, Casals, Gil, González, Jorba, LABARTA, Sala, Serra, y Vázquez

TOMO PRIMERO



BARCELONA

**RAFAEL SALVATELLA, EDITOR**

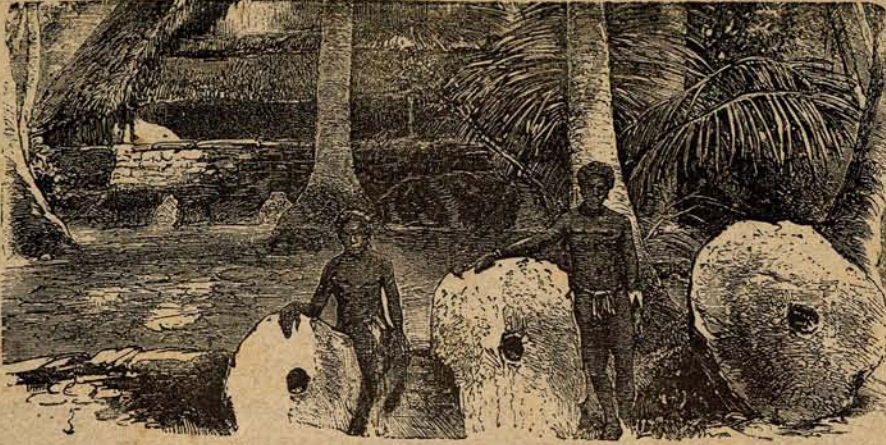
NUEVA DE SAN FRANCISCO, II Y 13

1886









## ADVERTENCIA

---

**A**MPRENDEMOS la revisión de una obra que ha sido ya revisada infinidad de veces, y que, ahora mismo, se están ofreciendo al público por diversos editores, trabajos parecidos. ¿Supone esto pretensiones por nuestra parte? ¿Será ello una crítica indirecta de trabajos ajenos?

Suponemos que no se nos juzgará de tal manera. Lejos de nosotros el menor átomo de desdén hacia los concienzudos esfuerzos de hombres respetables é instruidos que han rectificado y completado á Malte-Brun, como intentamos hacerlo ahora nosotros. A nuestro entender *existe bajo el solespacio para todos*; y creemos que, si las obras de los demás pueden seguir su ruta, la nuestra ha de seguir la suya. Véase lo que les acontece así

á la agricultura como á la industria: los buenos frutos de la tierra y los productos útiles de las artes se colocan fácilmente: todos pasan, y se reparten todos entre la masa, proporcionando las comodidades y satisfacciones de la vida, tanto á los que producen como á los que consumen. Allí mismo los sazonados frutos literarios encuentran su natural consumo en el aumento continuado de lectores que quieren repartírselos. Ninguna penosa rivalidad nos separa, pues, de nuestros estimables y sabios concurrentes: podemos, por lo tanto, caber perfectamente todos en este noble palenque, cuyo único fin general es la utilidad pública.

Vivimos en una época en la cual los conocimientos geográficos, descuidados por largo tiempo, han llegado á ser de-



bidamente apreciados y escudriñados ávidamente; época en la que la diversidad de gustos y aficiones del público puede hacer fácilmente que prosperen á un mismo tiempo distintas ediciones de un mismo libro. ¿No responden, por ventura, la diversidad de inclinaciones de los lectores á la diversidad de cualidades de los autores? En una y otra clase, tiene cada uno su punto de vista particular; cada uno aporta á su trabajo ó á su gusto la forma de su espíritu, su diferencia de estudios, y, en una palabra, su especial manera de sentir: complácese el uno preferentemente en los detalles relativos á las ciencias naturales; interésase el otro principalmente en las consideraciones de la estadística; prefiere un tercero el desarrollo histórico; y se encanta otro, para concluir, en los pintorescos cuadros de la naturaleza, ó en las costumbres y usos de la humanidad. ¿Se quiere saber, por nuestra parte, el sentimiento que nos anima, la inclinación dominante que nos guía? Lo confesaremos sin vacilaciones de ningún género. Es la parte poética de la geografía la que merece nuestras principales simpatías; creemos que es la verdad mucho más poética que la ficción, y que viste tal vez mejores colores todavía; hemos creído siempre que el grande, el verdadero geógrafo, sería aquel que, velando la aridez y la dificultad de los nombres propios con la belleza de una pintura animada y veloz, empleara en la descripción del globo ideas grandes, precisas y gráficas, con la elevada inteligencia del águila; que se cerniera sobre una ciencia, abarcándola profundamente de

una mirada, esclareciéndola en todos sus puntos con la llama del genio, y haciéndola accesible á todos los espíritus, llenándolos de admiración y encanto.

Si hubiésemos de imaginar una musa para la geografía, como tuvieron que crear los antiguos una para la historia y otra para la astronomía, creemos, como ya lo hemos dicho en otro lugar (1), que se la podría adornar con mil deliciosos atributos; la pintaríamos de buena gana como una joven diosa, de belleza plácida, y un tanto severa sin embargo, rodeada la cabeza por una elegante guirnalda, hecha de flores y plumas delicadas y piedras preciosas, símbolo de los tres reinos de la naturaleza; dirigiendo al espacio su mirada inteligente y profunda; pintando con severa mano los paisajes y regiones que descubre á lo lejos, sentada sobre una altura luminosa próxima al mar, desde la cual pudiera contemplar á la vez los dos principales elementos objeto preeminente de sus descripciones; circundada de gran cantidad de frutos de su trabajo continuado: mapas, planos, libros, un globo, retratos de las diversas razas humanas, grupos de instrumentos de los que ella emplea para sus exactas determinaciones, y, finalmente, diversidad de productos de la agricultura, el comercio y la industria.

Pues bien: creemos que Malte-Brun poseyó en alto grado el espíritu geográfico, que representa la imagen de tal musa. Él comprendió y amó la geografía, tanto poética como sabiamente. Los bri-

(1) *Paralelo entre la geografía y la historia.*



llantes cuadros de la naturaleza que tan magníficamente dibuja, los grandes y armónicos conjuntos de que están llenas sus descripciones, aquellos brillantes colores que sabe dar á los objetos más insignificantes al parecer, el tono elegante y armonioso de su frase; todo revela en él al poeta geógrafo. Sin embargo, ¿se nos tendrá por inmodestos si decimos sentir en nosotros algo del soplo de su eminente espíritu? Sí; su manera de considerar la geografía nos ha herido oportunamente, contribuyendo á inspirar en nosotros el gusto vivísimo y simpático que nos ha llevado á estudio tan ameno. Tal vez sea uno de nuestros débiles méritos ese don de la naturaleza, que poseía también Malte-Brun, de hacer penetrar afortunadamente en el espíritu ageno la clara luz de ciertas verdades científicas. Abrigamos, pues, la esperanza de que si nosotros logramos completarle, si corregimos en su grande obra todo lo que el tiempo ha trasformado, conseguiremos hacernos dignos de él. Popularizar la ciencia como él lo hizo, y como lo han hecho igualmente Buffón, Aragó y Humboldt, sería nuestra grande ambición si no comprendiéramos la exigüedad de nuestras fuerzas y la necesidad de encerrarnos dentro de la limitada esfera de nuestros estudios.

Desgraciadamente la ciencia geográfica difiere de la de Buffón por su extrema variedad: las descripciones de la ardilla y del caballo resultarán eternamente veraces, mientras que las de la comarca cambian con el movimiento de la civilización, el progreso de los descu-

brimientos, los incontables accidentes de la política, y la actividad ó descaecimiento de la industria. Es, pues, indispensable rectificar á los geógrafos, por ilustres que sean; y es un trabajo más necesario para ellos que para ningún otro género de escritores. Pero nosotros, por nuestra parte, respetaremos escrupulosamente el trabajo de nuestro grande autor en todo aquello que podamos conservar intactos los hechos que alcanzó: nos guardaremos, por ejemplo, muy bien de desnaturalizar su *Historia de la Geografía*, obra maestra admirable bajo todos conceptos, de exposición clara, elegante y eminentemente literaria; completaremos solamente esa historia con lo mucho que, después de la época en que fué escrita, se ha descubierto en los casi innumerables y curiosos viajes últimamente realizados y dignos de ser descritos.

La geografía matemática pierde en Malte-Brun, debemos confesarlo, el carácter agradable y poético que posee el resto en alto grado: se ve que era esta parte menos hija de su inspiración natural que de los trabajos de otras plumas extrañas y hasta frías. Procuraremos, pues, refundir esta parte para hacer su lectura menos árida, armonizándola con las demás partes de la obra. Las consideraciones de geografía física, de historia natural y de etnografía tienen necesidad de ser rejuvenecidas: procuraremos hacerlo con todo el respeto y consideraciones debidas al maestro.

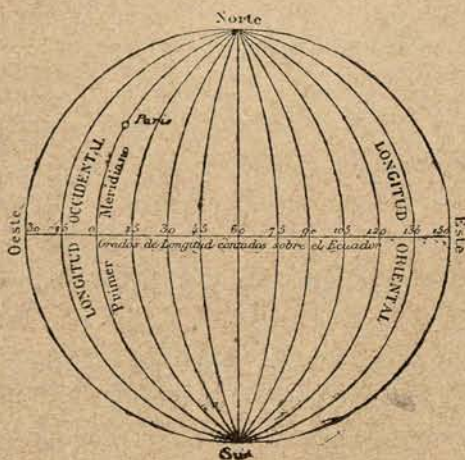
Las descripciones de países exigen largos y detenidos exámenes: no vacilaremos en emprenderlos, pero sin perder de



vista el principio que domina en la distribución de sus partes; así es que seguiremos el juicioso designio con que el ingenioso escritor empieza la descripción de comarcas por el Asia, cuna del género humano, trono de los imperios primitivos, majestuoso país de los contrastes, en el que los cuadros grandiosos y los vastos pensamientos que se agrupan bajo su pluma son una bellísima introducción á la geografía descriptiva de su libro. Pasa luego fácilmente de allí á esta bella Oceanía, que es casi anexa al Asia. El Africa, que, por su historia, su antigua civilización, los misterios que la velan aún, debió aparecer al par del Asia, viene naturalmente en seguida. Luego después, la Europa hubiera parecido bien

colocada, terminando así la geografía del viejo mundo; pero antes de penetrar en ella, y mientras emprendía sus lejanos viajes, prefirió Malte-Brun visitar las Américas, sin duda para tener el placer de descansar dulcemente en su patria al terminar su prolongada y laboriosa ruta. Sea cual fuere el motivo ó las razones que para ello tuvo, lo respetaremos, siguiendo paso á paso su atinado plan. ¡Ojalá su gran genio nos inspirara en nuestra tarea y se encarnase en nuestra obra como en la suya, haciendo que este nuevo monumento que le consagramos perpetuase gloriosamente su nombre entre las nuevas generaciones!

E. CORTEMBERT

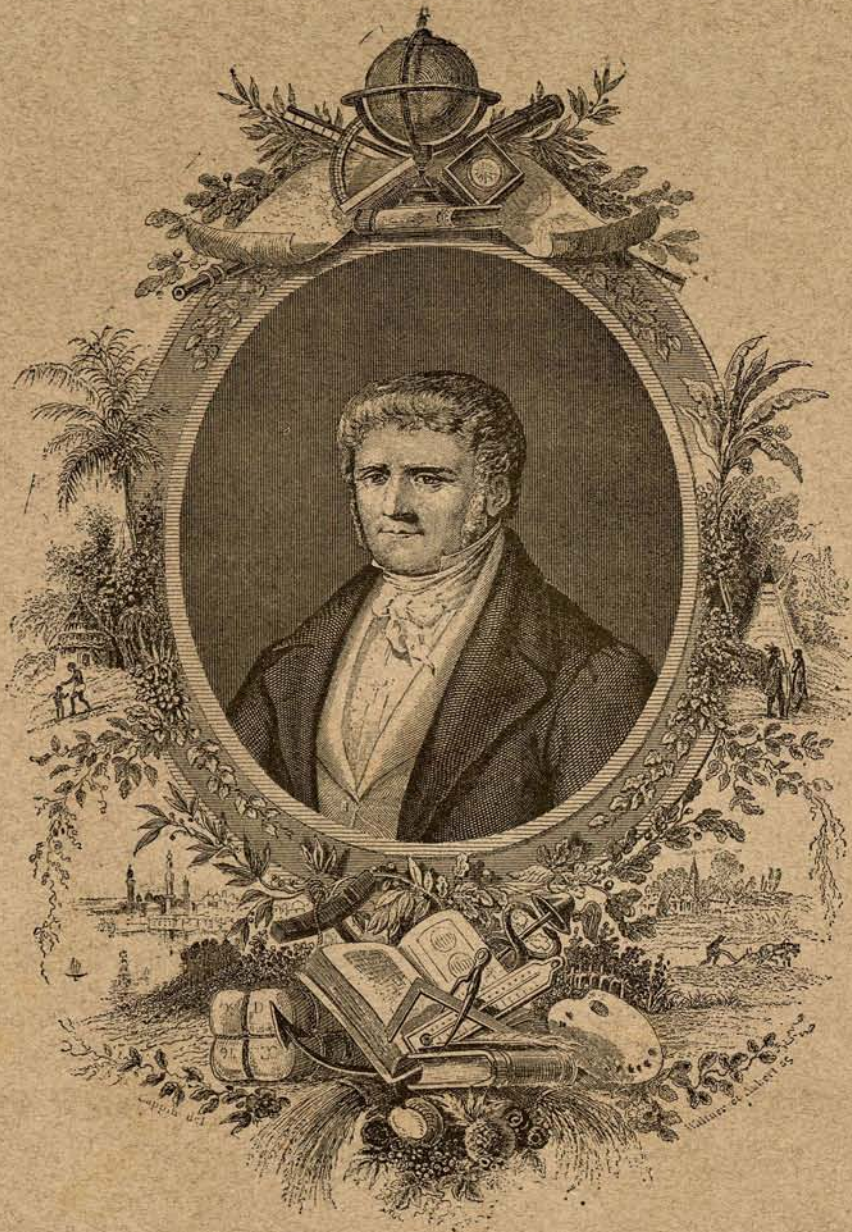




NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE MALTE-BRUN

---





MALTE-BRUN





## NOTICIAS BIOGRÁFICAS DE MALTE-BRUN

**M**ALTE-BRUN, cuyo verdadero nombre era *Malthe-Conrado Bruun*, nació en Thisted, Jutland, el 12 de agosto de 1775, de una de las principales familias de la provincia. Hizo sus primeros estudios en la universidad de Copenhague. Su padre le quería dedicar al ejercicio de ministro del culto luterano, pero la vivacidad de imaginación y el espíritu ardiente del joven Conrado le llamaban por otra senda, dándose á conocer por la publicación de algunas poesías y la redacción de un periódico. Era la época en que la revolución francesa acababa de estallar; aceptó él las nuevas ideas con calor y sustentólas con elevado criterio en varios artículos que dieron mucho que hablar en Dinamarca. Era á la sazón Ministro de este reino, Andrés de Bernstorff. Sus miras generosas, relativas á la emancipación del pueblo, fueron abrazadas con gran fuego por el joven escritor, que se encontraba á la sazón, como otros muchos, en oposi-

ción directa con su padre, completamente adherido á las opiniones de la nobleza y al principio de conservar en la servidumbre las clases inferiores. En uno de sus escritos, titulado *Catecismo de Aristócratas*, censuraba con tanta violencia las doctrinas feudales y el sistema de coalición de las antiguas monarquías contra Francia, que le fué preciso salir de su patria en 1796. Contaba á la sazón veinte años. Trasládose á Suecia, donde obtuvo grande éxito con sus composiciones poéticas.

Al morir, en 1797, el conde Bernstorff, recomendó, en sus últimos momentos, nuestro espiritual autor al Príncipe real de Dinamarca, designándole como hombre que podía ser de grande utilidad á su país. Malte-Brun fué entonces llamado nuevamente; pero, combatiendo vivamente como inicuas algunas medidas administrativas, tuvo que volver otra vez al destierro. Regresó á Suecia, fijando su residencia en Hamburgo. Su Gobierno



le persiguió por contumaz, como miembro de la asociación *La Unidad Escandinava*, cuyos planes eran la formación de una república federativa con los tres reinos de Dinamarca, Suecia y Noruega; y, como á tal, fué condenado al destierro. Pero en la época en que fué pronunciado este fallo (1800) estaba ya en Francia, por cuya nación abrigaba tantas simpatías, estableciéndose en París.

Fué ello algo después del 18 brumario. El *Patriota Septentrional*,—así se designaba él mismo,—expresó con alguna vivacidad sus quejas por la caída del régimen republicano. Creyó poder censurar los actos del Consulado, pero fué invitado nuevamente á guardar silencio, abandonando entonces las ardientes luchas de la política, y dirigiendo toda la actividad de su valiente espíritu hácia los estudios literarios y científicos.

Sentíase inclinado especialmente á la geografía, por la cual había manifestado, desde su niñez, aficiones particulares. Su prodigiosa memoria, su conocimiento de la mayor parte de las lenguas de Europa, y la notable facilidad adquirida en poco tiempo para escribir el francés, le elevaron muy pronto al primer rango de los escritores que se dedicaban, á la sazón, en Francia, á trabajos geográficos. Compuso, en compañía de Mentelle, la *Geografía matemática, física y política*, cuyos diez primeros volúmenes aparecieron en 1805, y los seis últimos en 1807. Esta obra tuvo un brillante éxito; y la fama que valió ella á Malte-Brun, le hizo entrar, en 1806, en la redacción del *Diario del Imperio (Diario de los Debates)*, á la que continuó perteneciendo hasta su muerte, salvo una breve interrupción, de 1815 á 1818, durante la cual colaboró en la redacción de *La Cotidiana*.

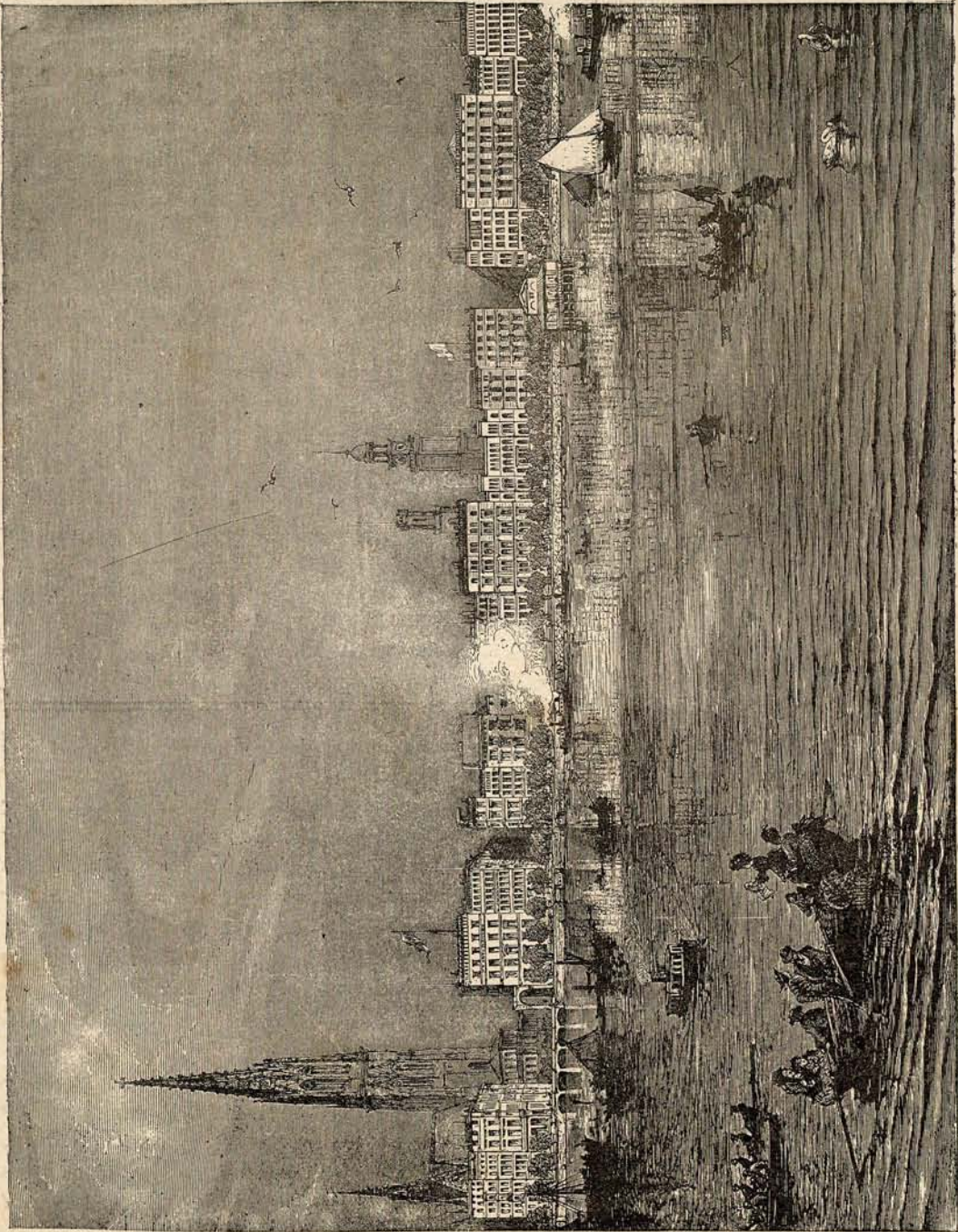
Independientemente de sus ocupaciones literarias y científicas, que trataba con elevada superioridad en sus artícu-

los periodísticos, dedicábase también, de cuando en cuando, á la política, y muy particularmente á la política del norte. Conservábase en él un vivísimo y afectuoso sentimiento de cariño á su antigua patria, á pesar de las persecuciones que le habían alejado siempre de ella: así fué que, cuando se trató de elevar á Bernadotte al trono de Suecia, empleó todos los recursos de su talento para ganar sufragios al general francés y hacer que se le eligiera Rey de Dinamarca, para reunir de esta manera, bajo un mismo cetro, las tres coronas del norte. Por lo demás, la dureza de sus principios republicanos estaba á la sazón hartamente dulcificada, hasta el punto de creérsele uno de los primeros entre los prosélitos del régimen absolutista.

Fundó, en 1808, los *Anales de Viajes, de la Geografía y de la Historia*; y reuniendo un sinnúmero de documentos preciosos y correspondencias científicas, escogidos con exquisito tacto, trabajó hasta 1814, que fué interrumpido en sus trabajos por espacio de cuatro años; hasta que en 1819 los reemprendió nuevamente, en colaboración de Eyriès, bajo el título de *Nuevos Anales de Viajes*.

Entre tanto, aquel espíritu laborioso venía preparando una obra inmensa, destinada á ser su principal título de gloria. Nos referimos á su *Compendio de la Geografía Universal*, cuya distribución entendida, clara y filosófica, unida á un estilo brillante, lleno de detalles pintorescos y variados, daba á sus estudios geográficos un aspecto completamente nuevo, al par que operaban una revolución científica. Los primeros volúmenes aparecieron en 1810 con prodigioso éxito; obteniendo el honor de multiplicadas ediciones mucho antes de que se terminaran los sucesivos. Este magnífico trabajo hizo una gran competencia á la *Geografía* de Pinkerton, que ocupaba entonces el





HAMBURGO



primer rango, siendo causa de grandes debates, tan agresivos como ruidosos; cruzándose violentísimas críticas entre los autores de ambas obras.

El librero Deutu, editor de Pinkerton, entabló proceso contra Malte-Brun, acusándole de falsificador. Nuestro geógrafo sostuvo por sí mismo su defensa ante los tribunales, discutiendo con el talento de un legista los artículos de la ley en que se fundaba su adversario, rebatiendo la acusación de falsificador; pero no pudo evadir por completo el cargo de haber publicado estudios harto extensos sin indicar su origen.

Siguiendo, como era natural, las fases del *Diario de los Debates*, al cual estaba unido, inclinóse á la restauración en 1814, haciendo otro tanto durante los Cien Días; escribió un opúsculo intitulado *Apología de Luis XVIII*, y en 1825 compuso un *Tratado de la legitimidad considerada como base del derecho público de la Europa cristiana*.

Fué uno de los más activos fundadores de la Sociedad de Geografía, en 1821, de la que llegó á ser Secretario General. Dispuso la inserción, en el *Boletín* de dicha científica Sociedad, de gran número de relatos, de discursos y noticias ingeniosas.

Entre tanto, proseguía con grande ardor su *Geografía Universal*, publicando el sexto volumen en 1825. Pero sus aficiones al estudio minaban su existencia, acabando por alterar su salud, y murió de un ataque de apoplejía el 14 de diciembre de 1826, en el preciso instante en que escribía, para el *Diario de los Debates*, un artículo relativo al *Atlas Et-nográfico* de Balbi. Se había preocupado muy poco de allegar recursos para el porvenir; así es que no dejó la menor fortuna; siendo la Sociedad de Geografía quien satisfizo sus últimas obligaciones y su entierro, encargándose el Gobierno

de la educación de sus dos hijos, uno de los cuales, Mr. Víctor Adolfo Malte-Brun, llegó á ser, á su vez, un distinguido geógrafo.

M. J. Huot, que él había escogido para colaborador de su obra capital, la terminó conservándole el nombre del ilustre autor, publicando el octavo y postrer volumen en 1829.

Además de los trabajos que hemos mencionado, tiene este infatigable escritor otros muchos. Dió á luz, en 1807, el *Cuadro de la Polonia antigua y moderna*, cuyo principal objeto fué excitar simpatías en favor de aquel desgraciado país; obra que fué reimpressa por Leonardo Chodzko en 1830; publicó, también en 1807, una traducción del *Viaje á Cochinchina* de J. Barrow; dió, en 1812, una edición de la *Historia de Rusia* de Levesque; redactó, durante los años 1814 y 1815, una recopilación periódica intitulada *El Espectador*. Añadamos su *Defensa contra Deutu*, en 1811; el folleto intitulado *Los partidos, boceto moral y político*, ó las *Aventuras de Sir Carlos Credulous en París durante el invierno de 1817 á 1818, obra entresacada de los documentos de M. Freelook, secretario de Su Señoría*; el *Cuadro político de la Europa de 1821*; el *Discurso preliminar* de la edición de los *Viajes de Marco-Polo*, publicado por la Sociedad de Geografía en 1824; su cooperación en el *Diccionario Geográfico* publicado por Frieville y Lallement en 1827, del cual corrió particularmente á su cargo el *Vocabulario de palabras genéricas para explicar el sentido de los nombres geográficos más importantes en los principales idiomas*. Había, igualmente, trazado un plan y dejado los materiales preparados, para un *Tratado Elemental de Geografía*, que fué terminado y publicado por Balbi, Larenaudiere y Huot, en 1831.

Los artículos que escribió para el *Dia-*



*rio de los Debates* son, en su mayor parte, preciosísimos materiales, así para la literatura como para las ciencias, la geografía y la historia. Los más importantes fueron coleccionados y publicados después de su muerte, por M. Nachet, bajo el título de *Misceláneas Científicoliterarias de Malte-Brun*,

Consecuencia, tal vez, de la irritabilidad nerviosa que provocaban en él sus harto numerosas ocupaciones, tenía este eminente autor un carácter algo difícil, haciendo sus discusiones un tanto ásperas. Como periodista, no ejerció siempre las delicadas funciones de crítico cuidando de endulzar y hacer aceptable la censura. Y, como hemos visto, sus opiniones políticas se distinguieron por una versatilidad algo extravagante. Pero estas ligeras manchas exteriores no llegaron nunca á penetrar el hermoso fondo de su corazón, animado siempre de sentimientos nobles y elevados.

Hemos dicho también que sentía aficiones especiales por la poesía; y éstas no eran solamente manifestadas en su lengua materna, de la cual dió buenas pruebas en algunas composiciones líricas, glorifi-

cando la literatura danesa, muy particularmente en su bella oda á la muerte del conde Bernstorff; pues escribió igualmente en francés gran número de poesías, tales como la que dió á luz con motivo del nacimiento del Rey de Roma, á imitación de la égloga de *Sicelides Musæ*; ó como su imitación de los *Cantos de Tirteo*, de la cual damos á continuación breves fragmentos, al objeto de que antes de presentar á los lectores su grande obra pueda juzgarse de sus gustos poéticos, los primeros que inflamaron su espíritu.

¡Qué bello es el morir en primer término,  
Defendiendo la patria trastornada!

.....  
¡Vamos á combatir, en haz compacta,  
Por nuestras cunas y sagradas tumbas,  
Por nuestro hogar! Y sin temer la muerte,  
Pero sí la vergüenza. ....

.....  
Ni esparta, ni Mesena con sus iras,  
Llena en vano tus playas  
De banderas triunfantes.  
Esparta, á leyes santas sometida,  
No quiere, en cambio de deshonra, vida.  
Sepamos soportar ambos destinos:  
Las diosas de matanza,  
Entre nubes de grana,  
Los ángeles serán de la mañana.









# NOVISIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL



AUSTRALIA DEL SUR.



AUSTRALIA OCCIDENTAL.



BATAVIA.



BADEN.



BERGEDORF.



BAVIERA.



BREMA.



BRUNSWICK.



BÉLGICA.



BRASIL.



BOLIVIA.



CANADÁ.



COSTA RICA.



COLOMBIA.



CERDEÑA.



CEILAN.



COSTA DE ORO.



CHINA.



DINAMARCA.



ECUADOR.



FINLANDIA.

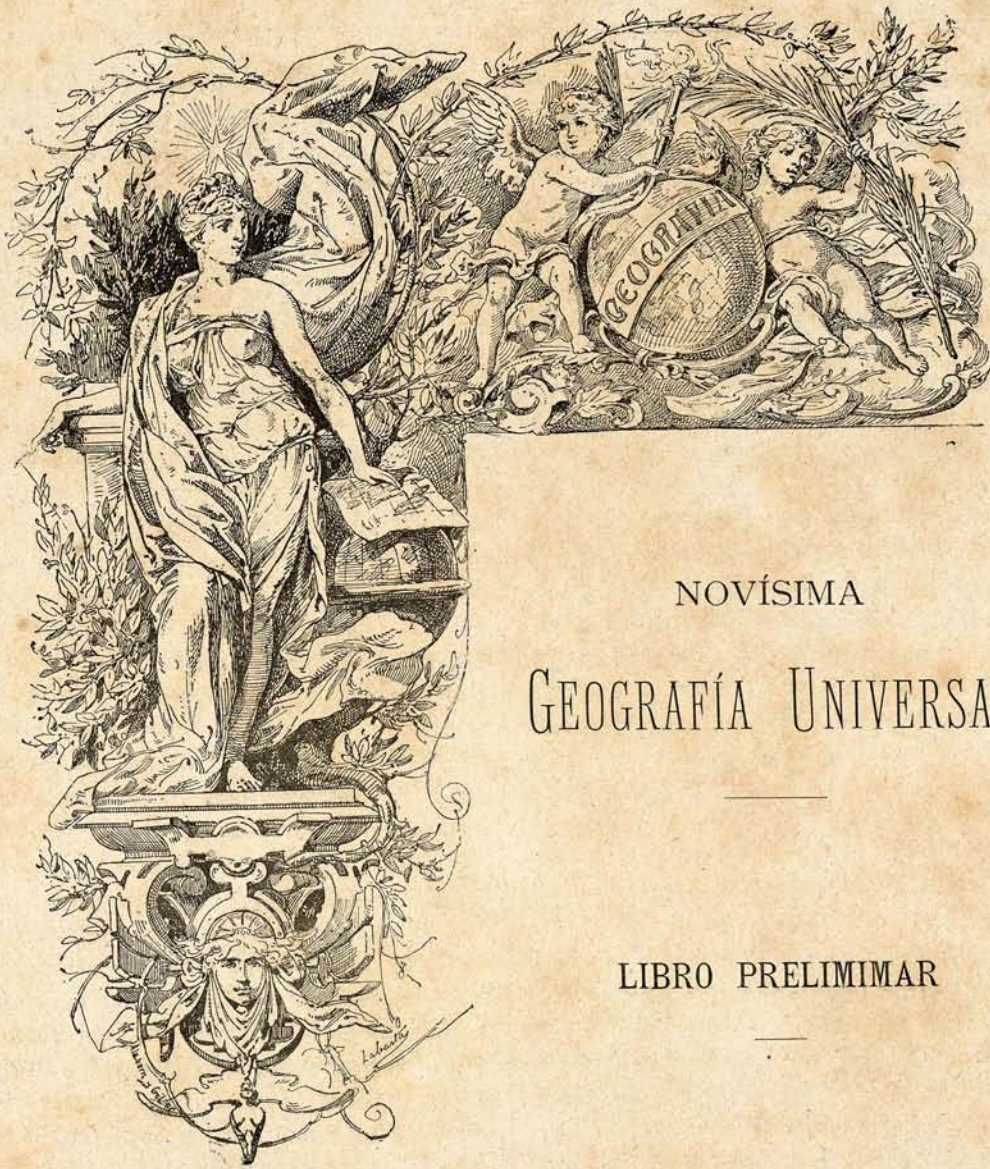


GRECIA.









NOVÍSIMA

# GEOGRAFÍA UNIVERSAL

LIBRO PRELIMIMAR

**N**os proponemos afirmar con la correlación de diversos razonamientos históricos la unidad de la geografía antigua y moderna, de modo que quede en el ánimo del lector que nos preste su atención la viva imagen de toda la Tierra, con la designación de todas sus regiones, sitios memorables que las mismas encierran, y pueblos que las han habitado ó que las habitan todavía.

Parece ser esta una tarea inmensa al

considerar los innumerables y variados detalles que deben reunirse en un cuadro relativamente exiguo, como parece semejante proyecto también temerario al reflexionar sobre la naturaleza de las materias que deben tratarse; materias que, habiendo sido confiadas últimamente á plumas más doctas y elegantes, pasan generalmente por no admitir el éxito de composiciones literarias, ni la profundidad de las meditaciones filosóficas.

Sin embargo, la desconfianza que debe



inspirarnos la consideración de sus muchas dificultades ha cejado á una convicción íntima que nos hace entrever, en la ciencia geográfica, menos lo que ha sido que lo que ha podido y debido ser. Ya lo hemos dicho: ¿no es la geografía la hermana y émula de la historia? Si reina la una sobre todos los siglos, ¿no abraza la otra todos los lugares? Si tiene la una el poder de resucitar las generaciones pasadas, ¿no sabrá fijar la otra de una manera gráfica y permanente los variables cuadros de la historia, dirigiendo la imaginación á este eterno teatro de nuestras brevísimas miserias, esta vastísima decoración llena de ruinas de tantos imperios, y esta naturaleza inmutable, ocupada siempre en reparar, con sus favores, los estragos de nuestras discordias? Y esta descripción del Globo ¿no está íntimamente enlazada al estudio del hombre, como al de sus costumbres é instituciones? ¿No ofrece, por ventura, á todas las ciencias políticas, preciosísima luz? ¿Un complemento necesario á las diversas ramas de la historia natural, como asimismo un vasto tesoro de imágenes y sensaciones á la literatura?

Así es que hemos llegado á alcanzar la esperanza de elevar á la geografía un monumento que no resulte indigno de figurar al lado de aquellos de que se enorgullece la historia. Sin duda habrá todavía necesidad de largos años de espacio para dar á semejante obra toda la perfección que le corresponde. A pesar de sus imperfecciones, creemos que el ensayo que ofrecemos hoy al público satisfará los deseos de quienes lamentan la absoluta falta de una obra en la cual se pueda aprender la geografía sin correr el riesgo de disgustarse á veces de semejante estudio.

Nos atrevemos á creer que nuestro Compendio puede servir de guía á todo profesor que desee enseñar con fruto la geografía; que, en las escuelas superio-

res, podrá ponerse en manos de los alumnos, y que tampoco ha de disgustar en nada á los aficionados que deseen instruirse sin maestro.

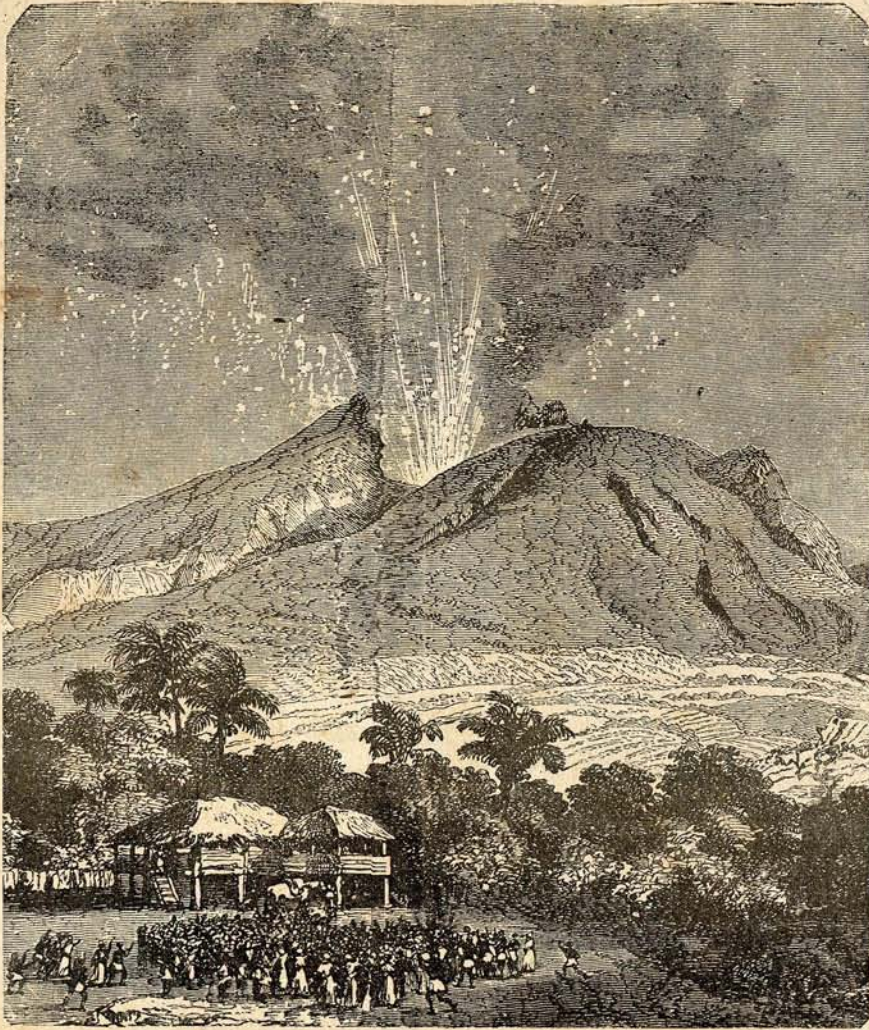
¡Ojalá pueda esta obra obtener el aplauso de los verdaderos filósofos que, en todas las ciencias, aprecian y estiman en menor escala las utilidades materiales del resultado que los nobles goces del estudio de las mismas!

He aquí el orden de esta nuestra obra. Empezamos por el cuadro histórico de los progresos de la geografía. Tomamos esta ciencia desde su cuna. Moisés y Homero nos presentan desde luego los mapamundis de dos pueblos antiguos. Luego, á la luz de las estrellas, atraviesa la navegación fenicia el Mediterráneo y descubre el Oceano. Herodoto relata á los griegos lo que ha visto y cree debe decir. El vasto sistema colonial de Carthage y las excursiones aventureras de Pytheas de Marseille dan á conocer el Occidente haciendo adivinar el Norte. La gloria de Alejandro esparce vivísima luz sobre las comarcas de Oriente. Los romanos heredan la mayor parte de los descubrimientos hechos por las naciones civilizadas de la antigüedad. Los Eratostene, los Estrabón, los Plinius, los Ptolomeos, procuran coordinar sus materiales imperfectos todavía é incompletos. Después la gran emigración de pueblos viene á destruir todo el edificio de la geografía antigua: es ello porque los griegos y los romanos enseñan cuanta es la extensión del mundo que sus sistemas no manifiestan. Poco á poco va desembrollándose este caos, y con la nueva Europa nacen los elementos de una geografía nueva. Despiértase el espíritu de los viajeros: después de haber ya conducido inútilmente á los árabes y á los escandinavos, aquéllos á las Molucas, éstos á América, la ciencia no estaba preparada para recoger los frutos de sus audaces



excursiones. Más instruídos y no menos curiosos, los italianos y los portugueses, con el auxilio de la aguja imantada, recorren con seguridad los altos mares. De-

rriban en todas partes las barreras que había levantado la preocupación y que limitaban los horizontes de la geografía. Díonos Colón el Nuevo Mundo, y todos



ERUPCIÓN EN LA MARTINICA

los pueblos lanzáronse por mar y tierra en la carrera de los descubrimientos; y, con tantos esfuerzos reunidos, el vasto conjunto del globo, á pesar de una que otra ligerísima sombra parcial, fué, por

último, abierto á las escrutadoras miradas de la ciencia.

Después de haber delineado estas épocas de la geografía, expondremos la teoría general, buscando los principios ma-



temáticos, físicos y políticos. Pediremos á la astronomía cuanto nos sea necesario saber con relación á la forma, extensión y movimientos de nuestro planeta; á la geometría, las nociones más indispensables en el arte de representar, en los límites de un diseño harto reducido, las formas exactas de tierras y mares;

diciendo, por fin, cómo se determinan las distancias y cómo se conocen las diferentes medidas, usadas en países diversos.

Pasando luego al aspecto físico del globo, contemplaremos los grandes trazos de la naturaleza, los montes donde se eleva la superficie de la Tierra, los mares que la ciñen, los ríos y los valles que



TIMAR. SOLDADO Á CABALLO

la estrían ó surcan; descenderemos á las cavernas y las minas; nos asomaremos á los bordes de los cráteres humeantes; en una palabra, estudiaremos la estructura del globo. Después de haber adquirido el conocimiento de los movimientos de la atmósfera y de la ley de las temperaturas, distribuiremos en su respectiva región natal los animales, los vegetales, es decir: todos los seres que nutre el inagotable seno de la Tierra. Acabaremos por considerar el hombre en su estado natu-

ral y político, clasificando las razas humanas según las modificaciones corporales que les distinguen, según las lenguas que hablan, las creencias que les consueñan y encadenan, y las leyes que marcan la altura de su civilización ó el fondo de su embrutecimiento.

¿Cuántas revoluciones ha experimentado el globo terráqueo? No es ésta una cuestión que interese menos á la historia del hombre que á la de la naturaleza: un detenido examen prueba evidentemente



que pertenece directamente á la geografía física.

Esta introducción histórica, y esta teoría filosófica de la geografía, llenarán las dos primeras partes de nuestra obra. Las demás las consagraremos á la descripción sucesiva de todas las partes del mundo. Así es que nos han sido precisas largas meditaciones antes de haber logrado poder encontrar y fijar el método que reuniese la mayor solidez á la mayor amenidad. Un orden puramente geográfico parece debiera desvanecer el enlace político y moral de los diversos cuadros que deberíamos presentar; un orden puramente político hubiera perjudicado la descripción de los montes, de los mares, de los ríos y de los climas. ¿Cómo conciliar de alguna manera uno y otro método? Era preciso ensayar más de una vez; era preciso cambiar de medios conforme á los obstáculos que nos proponíamos vencer. Esbozados, en introducciones particulares, los rasgos generales que pertenecen en general á una parte del mundo, fijemos, por ejemplo, el cuadro de los Alpes al frente de la descripción de Europa, y el de las cordilleras al principio de la parte consagrada á la América meridional. ¿Cuántos pueblos, separados en el orden político, tienen un origen, una lengua y una historia común? Reunámoslos bajo un solo punta de vista; procuremos formar siempre conjuntos armónicos y fáciles de abarcar de una sola ojeada; asimilemos en grupos naturales los pequeños Estados, y distribuyamos las provincias de los grandes imperios conforme á la dirección de montes y ríos. En fin: que la comparación de divisiones, en vez de embrollar el discurso, se concrete á ocupar los cuadros sinópticos y analíticos.

Además de la disposición general, es preciso todavía dar con el método particular para las descripciones de cada país.

Después de examinada toda la pretendida clasificación de objetos de la geografía especial, hemos reconocido ser precisamente el empleo harto riguroso de estos medios abstractos el que da á los libros de geografía tanta aridez. Gracias á un vano aparato científico, la geografía, esta imagen viviente del universo, no parece otra cosa que la fría y triste anatomía. La juventud la rechaza, los sabios la abandonan y los aficionados la desdennan. Hemos, pues, creído deber seguir los principios generales del arte de escribir; y, variando luego la naturaleza de los objetos, no solamente en el tono, si que también en el orden descriptivo, hemos procurado inventar, para la pintura de cada país, un cuadro particular y conveniente á la grandeza relativa de los objetos. ¿Que ofrece un país, por ejemplo, el espectáculo de una cultura risueña? Detallaremos cuidadosamente sus diferentes producciones. ¿Que es inculto? Trazaremos á grandes rasgos el carácter que en él ha impreso la naturaleza. Aquí, en un viaje supuesto, enumeraremos sin aridez las poblaciones del interior; allá, una navegación sin peligros nos conducirá de un puerto á otro, de una á otra isla. ¿Que una nación representa, en el mundo civilizado, un gran papel? Indicaremos sus fuerzas, sus recursos y sus intereses. ¿Que se agita en ella un pueblo salvaje? Nos detendremos preferentemente en la pintura de sus costumbres y manera de vivir.

La elección de poblaciones y lugares notables que describiremos, la determinará unas veces su importancia política, y otras su celebridad histórica; nos tomaremos frecuentemente la libertad de discutir al tocar en algún punto de geografía crítica, resolver alguna duda ó rechazar un error; tampoco nos abstendremos del gusto de trazar, en medio de una descripción topográfica, algunos rasgos

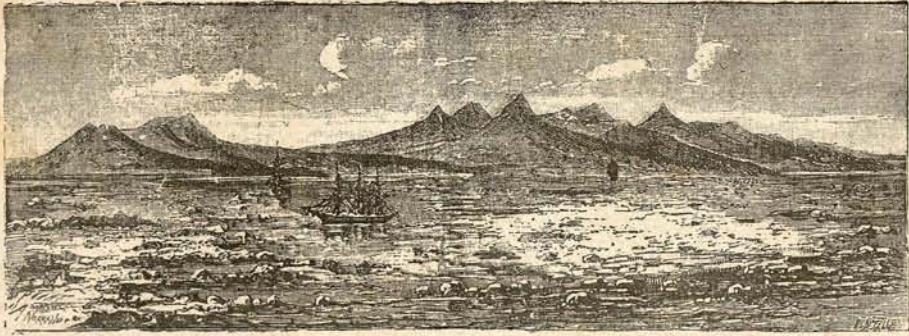


históricos ó anecdotáticos relativos á las costumbres de sus moradores, y que sirvan para fijar en la memoria los nombres más difíciles de retener. ¿Por qué hemos de desdeñarnos de coger una flor que se nos presenta á los ojos? ¿Por qué una descripción del mundo no ha de parecerse á nuestra tierra misma, cuyos más áridos desiertos ofrecen de cuando en cuando algún oasis?

Quince años de lecturas y estudios geográficos nos han demostrado que la marcha libre y animada abre más seguro acceso al santuario de las ciencias histó-

ricas que ninguno de los métodos regulados, abstractos y aplicables solamente á las ciencias exactas. Hemos querido hacer un libro y no una tabla de materias.

Sin embargo, al adaptar á este plan nuestra GEOGRAFÍA UNIVERSAL, estamos muy lejos de negar el mérito de otros métodos diferentes. Que un nuevo Vavenius, en su geografía puramente matemática, se sirva de todos los recursos de la elevada geometría; que otro Bergmann discuta, en el lenguaje de la química y de la historia natural, los elementos de una



ISLA DE ONALÁN

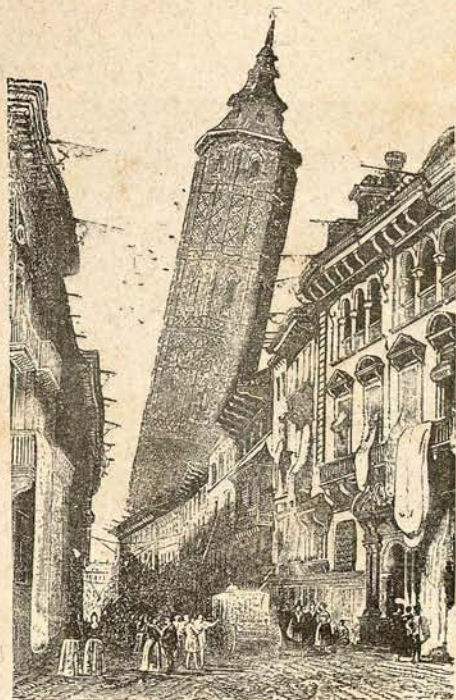
nueva *Geografía física*; que los naturalistas subdividan además la geografía física en diversas ciencias particulares, tales como la geografía de las plantas, la geografía mineralógica y otras; que los discípulos y sucesores de Busding reúnan con infatigable paciencia los materiales necesarios de la *corografía* y de la *topografía*, cuyo principal objeto es la descripción particular de una comarca, de un cantón, ó de un pueblo; manifestando en inmensas columnas de cifras los detalles de esta rama de la *geografía política*, que luego los alemanes llamen *estadística*; que otros sabios profundicen otros extremos, tales como la crítica comparativa de los antiguos geógrafos, ó la historia de viajes y descubrimientos: nada

más útil á la ciencia; nada más digno del aprecio del mundo científico que tales trabajos consagrados á un objeto particular; nada más justo que conceder á cada una de sus ramas las formas más exactas y más rigurosamente científicas que su naturaleza particular consienta. Pero una geografía universal no puede, sin caer en el defecto de una extensión desmesurada, abarcar todos los detalles de todas las ramas de la ciencia geográfica, debiendo limitarse á coger las flores y los frutos de sus discusiones científicas y de sus penosas investigaciones.

Falta otro punto de vista que nos parece necesario indicar á nuestros lectores. Los principios matemáticos y físicos de la geografía son inmutables, pero el es-



tado de los conocimientos humanos es variable; los pueblos se extinguen, los reinos se derrumban, las ciudades se convierten en ruinas, acabando por no dejar señales de existencia. Podemos, pues, figurarnos una serie de geografías en que cada cual, bien diferente de cuantas la precedieron, como de cuantas la



ZARAGOZA. TORRE INCLINADA

sucedan, sería, sin embargo, variada, exacta y completa para el año, ó, si se quiere, para el siglo al cual perteneciera.

El uso ha consagrado, en cierto modo, la triple división de la ciencia en esta forma: abarca el uno en la *geografía antigua* todo lo anterior al año 500 de J. C., ó á la grande emigración de pueblos; la *geografía de la edad media* desciende hasta el descubrimiento de América: el resto es considerado del dominio de la *geo-*

*grafía moderna*. Pero si se quiere dar al lenguaje un rigorismo científico, deben distinguirse igualmente las geografías que han tenido naciones y siglos notables. Dichas geografías pueden considerarse, cada una en sí, como ciencias particulares, que no son en verdad otra cosa que sistemas incompletos y erróneos en comparación de la geografía de nuestro siglo; pero no deja de tener interés é importancia, aun para los simples aficionados, el poseer una idea de esta marcha lenta y un tanto retrógrada de la ciencia, con tal que nos sea conocida con alguna certeza. Vamos, pues, á trazar también, á grandes rasgos, la historia de descubrimientos y sistemas geográficos, antes de empezar la exposición de la geografía moderna; pero no es ello, sin embargo, más que esta última parte la que nos proponemos tratar en detalle, y á la que hacemos objeto principal de nuestra obra.

Nos circunscribiremos igualmente, en la geografía moderna, dentro los precisos límites que, sin reducirla á una árida é insignificante nomenclatura, evite el que se la confunda con otras ciencias. Es indudable que los espíritus ordenados gustan de reunir bajo un mismo punto de vista los resultados de las ciencias más eterogéneas, para su marcha y por la naturaleza de su objeto. Sin duda, parecida á la historia, la geografía no debe por cierto ser vituperada por interesarse en cuanto influye en la suerte de las naciones y de los imperios; débese confesar, al contrario, que hace un gran favor á las demás ciencias, llamando sus descubrimientos para colocarlos bajo una luz nueva. Que, por ejemplo, la *economía política* pesa en su balanza las fuerzas de un Estado; que evalúa, distrito por distrito, los productos entre la superficie del terreno y el número de sus habitantes: los resultados de sus penosas investigaciones



pueden ser con frecuencia de naturaleza interesante para la historia; frecuentemente también, colocadas y agrupadas en los vastísimos cuadros de la geografía política, sus áridas verdades se embellecen de súbito con un interés que únicamente deben á su proximidad á grandes observaciones geográficas á las cuales se las habrá asociado: esta especie de co-

mercio recíproco aviva de continuo la república de las ciencias y de las letras. Pero las diversas comarcas de esta república, en la cual, aparte de su lengua, su constitución y sus intereses, son objetos que no deben jamás confundirse. Toda discusión política, religiosa ó moral; toda investigación histórica, cronológica ó de antigüedades que no se roce directamente



YAP. REUNIÓN DE NATURALES

con los cambios geográficos; todo cálculo de alta geometría; toda aplicación ó cita superflua de tesis químicas ó físicas; todo detalle de historia natural que no se expresara sino en términos de naturalista, ó que no fuese un rasgo esencial del cuadro físico de un país; será lo que nosotros consideremos como absolutamente extraño á una geografía universal cumplida, aunque muchas de estas cosas puedan caber fácilmente en tratados especiales de geografía matemática, física ó política.

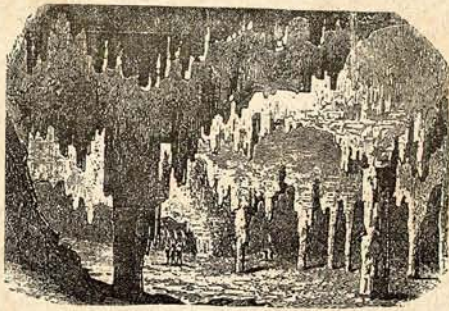
Es ya de sí muy vasta, sin extrañas retahilas, la ciencia geográfica, y ofrece

por sí sola hartas dificultades y espinas. Cuando se ha leído, comparado y juzgado todas las relaciones de viajeros de todas las naciones, relaciones frecuentemente falsas y poco satisfactorias; cuando se ha analizado un número inmenso de itinerarios, de observaciones astronómicas, de disertaciones, de descripciones y de noticias, de empadronamientos y de cuadros oficiales, de apreciaciones y de cálculos particulares; cuando se ha buscado pacientemente alguna reseña geográfica extraviada entre alguna memoria de historia natural, en alguna topografía médica, mineralógica ó botánica, casi siempre en



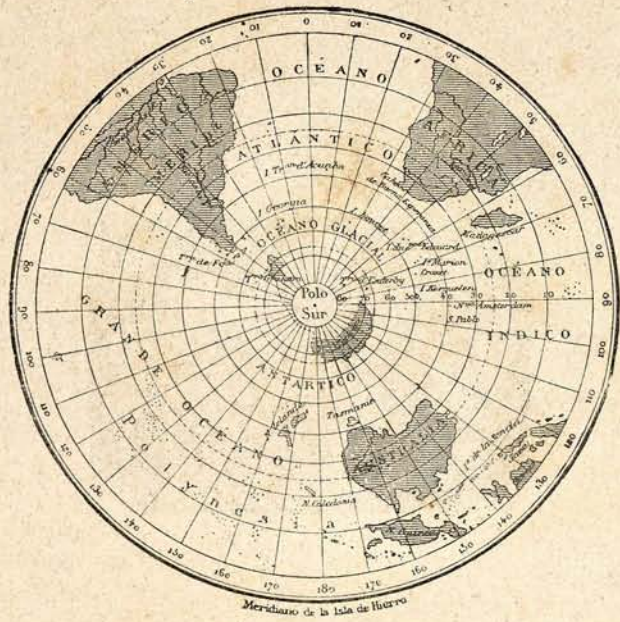
los almanaques mercantiles y diarios políticos; no se habrán apurado aún todas las fuentes de la geografía, y queda todavía por descubrir todo lo que está sellado en los archivos de los gobiernos, ente-

rrado en las carteras de los particulares, ó entre lo mucho que, si patente á nuestra vista en el gran libro de la naturaleza, no ha encontrado todavía un observador bastante delicado.



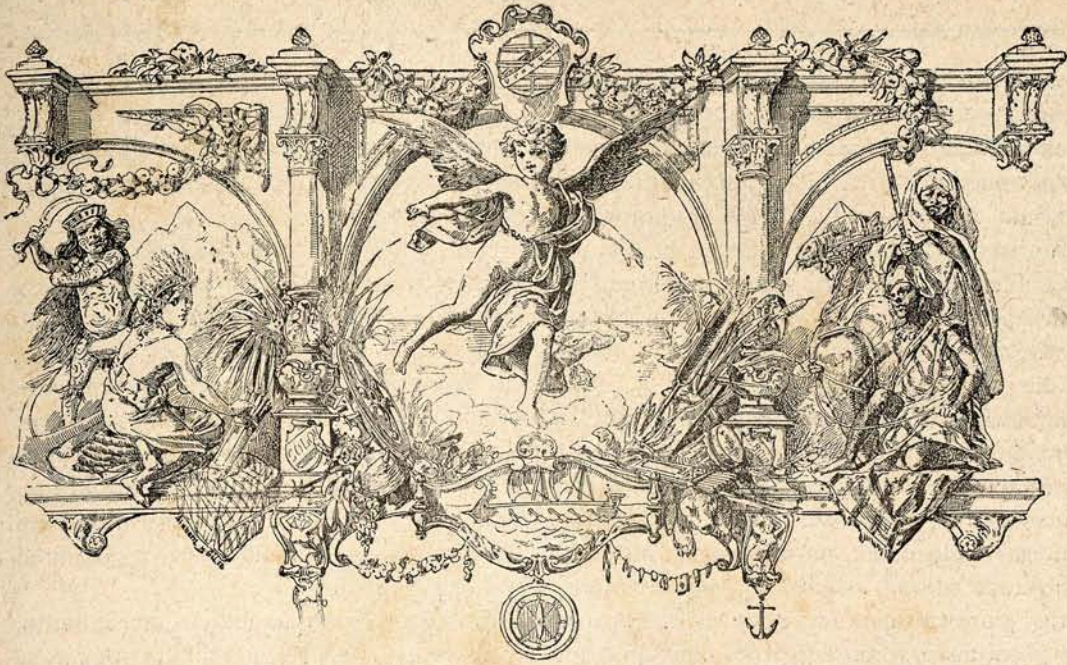


**POLO SUR**  
Océano Glacial Antártico.



Meridiano de la Isla de Fuero





## Primera parte

### HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA

#### LIBRO PRIMERO

Principios de la geografía.—Conocimientos de Moisés y Homero.—Viajes de los argonautas.

**A**L hombre salvaje no conoce más que las florestas hasta donde alcanzan sus correrías de caza, el río en que pesca, las montañas que le marcan la ruta de su choza y las praderas donde pacen sus rebaños; conoce á sus vecinos por las querellas que con ellos tiene y por las luchas que ha librado con ellos: el resto del mundo es para él como si no existiera. Es muy posible que las primeras tribus, ó reuniones de familias, no se dieran á sí mismas otro nombre que el de *hombres*, ni á su comarca otra denominación que la de *tierra*. Estas dos ideas generales, expresa-

das en sonidos diferentes, hicieron brotar esta multiplicidad de nombres desconocidos, de pueblos y regiones; multiplicidad que embarga y, puede decirse, que desespera á los sabios más pacientes y osados desde que se ha querido hacer remontar sus investigaciones á los tiempos primitivos de la historia ó de la geografía.

Otras causas concurren igualmente á la anulación de la geografía primitiva. Cazadores más atrevidos ó afortunados subyugarían, á no dudar, á sus hermanos más débiles ó más pacíficos: de ahí las primeras pequeñas *soberanías*. Sin duda



también, debieron éstas cambiar de nombre á cada nuevo dueño que les diera la casualidad ó el nacimiento, lo cual sucede todavía en África. Las poblaciones que vivían de su pesca ó de sus ganados debieron, las primeras, buscar la manera de fijar sus límites á las pretensiones de las vecinas tribus: de ahí las primeras *comarcas* ó *cantones*, cuya división debió tener alguna mayor estabilidad y regularidad que la primera. La agricultura acaba por dar cierta duración á las denominaciones de los países; y la política, convertida en conservadora de las primeras conquistas, permite, por último, á algunos reinos, osados engrandecimientos, para obtener un lugar en la historia y para hacerse perceptibles como puntos luminosos en la inmensa noche de los siglos. Entonces fué cuando el comercio y la navegación, tomando poderoso vuelo, franquearon los montes y los mares. Cuéntanse las maravillas que se han visto, se pintan los obstáculos que han tenido que vencerse, marcando las líneas que se han debido recorrer. Existe, pues, la geografía, pero ofuscan nuevos nubarrones sus nacientes rayos. Algún mercader, para dar importancia á su persona ó á los objetos de su negocio, espanta á sus compatriotas con pinturas de monstruos y gigantes que ha combatido, de abismos y zonas ardientes, bastantes por sí solas á detener á cualquiera. Otras veces algún navegante, arribado en alguna tribu cuyo lenguaje ignora, atribuye á los países que ha visitado los nombres que la casualidad, el capricho ó el orgullo le han sugerido. La imaginación, viva y enérgica en todas las naciones primitivas, adorna todos sus conocimientos con cierto barniz poético que frecuentemente oculta la verdad. De manera que la geografía ha venido á ser, como la historia, el depósito general de todas las fábulas y de todas las tradiciones popu-

lares, hasta que el espíritu de la ciencia, que no es otro que el espíritu de la duda, somete á un verdadero análisis los groseros materiales acumulados por siglos harto crédulos.

Tal debió ser la marcha de los conocimientos geográficos en todos los puntos habitados del globo; pero no nos es conocida sino relativamente por un reducido número de pueblos, en los que se ha conservado la historia con algunos grados de certeza. Por otra parte, el progreso de los descubrimientos ha debido ser más ó menos rápido, de conformidad con el carácter de las naciones y según su manera de vivir.

Los pueblos agrícolas no se extienden mucho más allá de las fértiles comarcas en que se nutren. Hé aquí por qué los antiguos mapamundis de los induanos no presentan diseñados claramente Indostán, la Persia, el Tíber y la isla de Ceilán. Por la misma razón deben rechazarse las oscuras tradiciones que tienden á fijar la cuna de la geografía á orillas del Nilo. Los egipcios han podido trazar meridianos; las inundaciones periódicas han podido hacer necesario el arte de levantar planos topográficos; pero semejante aplicación de la geometría no supone ninguna idea geográfica en un pueblo que tenía horror á la navegación como al mar; y el pretendido mapa de Sesostris resulta tan problemático como las expediciones atribuidas á este héroe, como todas las historias egipcias anteriores á *Psammétique*. Debemos confesar que no acertamos á dar con nociones geográficas, dignas de atención, anteriores á las de Moisés. Los escritos de este historiador, como los de sus sucesores, contienen nociones de los hebreos, de los fenicios, de los árabes y de otros pueblos del Asia occidental. Después de Moisés, el autor más antiguo que nos suministra la idea de una geografía es Homero;



quien nos hace recorrer toda la esfera de conocimientos, de tradiciones y fábulas esparcidas en Grecia y en el Asia menor.

Nacidos de igual manera, todos los sistemas primitivos deben presentar forzosamente muchísimos trozos parecidos. Las bases comunes á las primeras geografías fueron casi todas tomadas de

suposiciones de los siglos harto oscuros que las vieron nacer. Por de contado, cada pueblo se creyó naturalmente colocado al centro del mundo habitado. Esta idea se generalizó hasta tal punto, que los induanos vecinos del Ecuador y los escandinavos próximos al Polo, en dos palabras, y dos palabras bastante pare-



HOMERO

cidas, *midhiame* y *midgard*, significan unos y otros *el punto central*, escritas frecuentemente para designar las comarcas habitadas por ambos pueblos. El Olimpo de los griegos era, como el monte Mero de los induanos, el centro de la Tierra: presentábase allí todo el mundo habitado, como un vasto disco rodeado por todas partes de un oceano maravilloso é inaccesible; colocando á los límites de la Tierra países imaginarios, islas

fortunadas y pueblos de gigantes y de pigmeos. La bóveda del firmamento se sustentaba sobre enormes montañas y misteriosas columnatas.

Estos sueños de una imaginación activa no podían ni fueron desvanecidos por los primitivos viajeros ó navegantes. «Muchos peligros aguardaban, como hemos dicho, á quien hubiese querido penetrar las extremidades de la Tierra. Y solamente para llegar era también di-



facilísimo poder hacer observaciones en medio de los desiertos ó de pueblos salvajes; siéndolo aún más el sacar algo de aquellas gentes, de las que no se entendía la lengua. Y al estar de vuelta se le esperaba al viajero una nueva lucha: era preciso resistir la curiosidad general y respetarse mucho á sí mismo para no difundir fábulas que todo el mundo estaba dispuesto á acoger.» El testimonio positivo y juicioso de Polibio concuerda perfectamente con la opinión de Eratóstenes el sabio bibliotecario de Alejandría; quien decía á los eruditos de su tiempo, tan entendidos críticos como los nuestros: «Se conoce que Homero contó muchas fábulas acerca de los países visitados por Ulises, donde nos encontramos á Eolo con el saco, dentro del cual estaban encerrados todos los vientos.»

Los griegos contemporáneos de Homero estaban tan poco adelantados en el arte de navegar, que esperaban la vuelta de Menelao de las costas de África como un milagro; los cretenses y tafiéneses solamente extendían sus piraterías y su comercio hasta Italia y Egipto. La única nación que sabía navegar en alta mar, la sola que había recorrido el Mediterráneo y penetrado en el Oceano, escondía cuidadosa sus descubrimientos, sus empresas y sus colonias. Los fenicios, ya fundadores, en la época á que nos referimos, de Utica, de Cartago, de Gades y de otras colonias, se valían de todos los medios para evitar que las demás naciones siguieran sus pasos. Los cartagineses mandaban arrojar al agua á todo navegante extranjero que se aproximaba á las costas sardas. Menos celosos de pueblo agrícola y pastor, los fenicios de Tiro asociaron los hebreos á alguna de sus expediciones marítimas; pero semejantes lazos fueron de cortísima duración para agrandar mucho la esfera de sus conocimientos.

No es, pues, necesario buscar en los libros de Moisés y demás antiguos escritos de los hebreos nada más que la unión de textos y algunas indicaciones relativas al primitivo asiento de las poblaciones del Asia occidental. Encargado de una misión harto sublime, no quiso, ni por pienso, el autor del Génesis, hacer una geografía; y nada explica sobre la estructura general de la Tierra, ni indica de una manera clara otros grandes ríos que el *Phrat* ó Eufrates y el Nilo, que se llama  *río de Mizraim ó de Egipto*. Una cordillera de montañas, llamada *Ararat*, y si se comparan todos los pasajes en los cuales se habla de ello, queda uno persuadido de que se encuentra en las ramas de *Turus*, esparcidas en Armenia entre el *Kurdistan*, que es preciso buscar tan famosas montañas junto á aquellas, coloca la historia hebrea la segunda cuna del género humano. Es, por cierto, muy de notar que el punto de partida del cual hace comenzar Moisés la dispersión de los pueblos está marcado por él, poco más ó menos, en el país central á todas las comarcas pobladas de antiguo: esto es: los indios al este, los escandinavos ó godos al norte, y los negros ó etíopes á occidente. Tres razas establecidas de muy antiguo en las comarcas que llevan su nombre se encuentran casi á igual distancia de la Mesopotamia ó la Armenia.

Es también digno de atención que los países de América, los vecinos del Grande Oceano, como los del Africa meridional, se encuentren relativamente despoblados á pesar de sus generales atractivos y riquezas.

Sin entrar, pues, en discusiones interminables, tratemos de buscar los datos positivos que se encuentran en los libros de Moisés. Todas las poblaciones del Asia occidental á que se contrae este historiador tienen su origen en solas tres



familias: la de *Sem*, comprende los pueblos pastores, habitantes en movedizas tiendas; la otra se compone de naciones industriales y mercantiles, de que *Cham* es el tronco; y finalmente, al norte de las otras dos, la raza de *Jafet* estableció sus imperios belicosos.

Sobre este último punto convienen perfectamente las antiguas tradiciones populares coincidiendo con los libros de Moisés, pues aquéllas instruyeron á sus primeros historiadores acerca de la existencia de cierto *Japetus*, cuyo nombre difiere muy poco de *Jafet*, quien fué el padre de los pobladores de los países lindantes con el Mediterráneo, *islas de los Gentiles*; supuesto pro hijado por griegos y romanos, acordes en atribuir á *Japetus* la paternidad del género humano, cuando menos en las tierras por ellos conocidas. Alentados por esta notable coincidencia, ha hecho que después diversos y eruditos autores intentaran, en todos tiempos, fijar el nombre y primitiva residencia de los pueblos, descendientes naturales de las familias *Jafet*, *Sem* y *Cham*; pero ¿cómo suponer fácilmente la creencia de que simples nombres de familia, suponiendo que éstos se trasmitiesen, hayan podido conservarse á través de las vicisitudes de los siglos? ¿Cómo reconocer, por mucho que agucen aquéllos el ingenio, al descubrir el paso de una raza por un país donde no ha dejado monumento alguno? Averigüen ó pretendan averiguar en buen hora los eruditos la importancia y utilidad de sus investigaciones: por grande que sea su interés, la geografía limita el suyo á los resultados geográficos admitidos por el buen sentido y menos expuestos, por consiguiente, á ser refutados.

Reconócense, entre los descendientes de *Jafet*, el *Jon* ó *Jaón* de los griegos, padre de los *jonios*, en *Javán* y *Madai* señalado verosímilmente como á padre

también de los *medas*. Existen además otros nombres, como *Gomer*, *Magog* y otros, que parecen referirse á pueblos vecinos del Ponto Euxino y del Cáucaso. Hallamos igualmente en la geografía bíblica mares inhospitalarios y montañas inaccesibles al norte de la tierra conocida; resultando de ello que ni aun en los investigadores más competentes han podido encontrarse datos autorizados y relativos á la marcha de los hijos de *Jafet* al través del mundo. Lo único presumible es que *Tiras* pudiera tener alguna relación con el país de Tracia, tan próximo al Asia.

Uno de los descendientes de *Jafet* por *Javán*, llamado *Tharchich*, fué, según Josefo, el padre de los *Ciliveos*, cuya principal ciudad fué *Tarsus*; opinión bastante verosímil y que corresponde al nombre de *Javán*, como también el de *Dodanim*, ó más bien *Rodanim*, á la isla de Rodas, y *Elisa* á la Eólida ó Elida. Pero es bastante difícil, sin embargo, á pesar de los trabajos de diversos investigadores modernos, asegurar que el *Tharis* del Génesis sea aquel país remoto cuyas riquezas determinaron los viajes de los hebreos y fenicios reunidos en los tiempos de Salomón. Según advierte San Jerónimo y ha demostrado Gosselin, la palabra *Tharchich*, aplicada á las expediciones de hebreos y fenicios partidos del puerto de *Eziongeber*, del mar Rojo, no significa otra cosa que *el mar grande*. Esta palabra, probablemente egipcia ó fenicia, que los judíos confundieron ó tomaron equivocadamente por el nombre de un pueblo, *Tharchich* y *Ophir*, son los dos nombres que han dado lugar á mayor número de investigaciones y razonamientos; siendo casi seguro, por lo que al segundo de aquéllos se refiere, que el *Ophir*, de donde los tesoros del Indostán eran aportados por las flotas de Salomón, y el *Ophir* de que hace mención Moisés,





fuesen dos puntos ó regiones absolutamente distintos uno de otro, como lo indica hasta la diferente manera de escribir el nombre de ambos, puesto que, en la versión de la biblia de los *Setenta*, el Ophir mosaico se escribe *Oupheir*, y el Ophir del tiempo de Salomón se escribe *Soo-phaira*. El primero pertenece, sin duda, á una de las regiones de la Arabia Feliz, y el segundo probablemente á las Indias orientales, distinguidas por su abundancia de piedras preciosas, aromas y ricos metales. Ignorando los fenicios la naturaleza de los vientos periódicos, necesitaban tres años para llegar á las costas meridionales del Indostán, verificar allí sus compras y regresar á los puertos idómeos; y, habiendo perdido los sucesores de Salomón la soberanía de estos últimos, fácilmente se concibe que terminasen los viajes de hebreos y fenicios, hasta el extremo de haberse perdido por espacio de muchos siglos las consecuencias geográficas del primer descubrimiento de la India.

Después de seguir las indicaciones geográficas de los escritores hebreos hasta los postreros límites de su mapamundi hacia el oriente y norte, hasta tiempos muy posteriores á Moisés; veamos, pues, cuáles son las regiones de los semitas, esto es, descendientes de Sem, íntimamente unidos á los hebreos por los vínculos de la vecindad y de la paternidad común; como, para hacernos cargo de ello, nos facilita preciosos datos la geografía hebraica, denunciando la identidad de origen de casi todos los antiguos pueblos establecidos á orillas del Eufrates, parte del Asia menor, la Siria y la Arabia; identidad que se comprueba con la semejanza de sus idiomas respectivos, el hebreo, el arameo y el árabe, todos de idéntica procedencia, como el italiano, el francés y el español.

El *Elam* ó *Elymais* griego, estado in-

dependiente por un gran espacio de tiempo; el *Assur* ó Asiria, y el *Aram* Siria, recuerdan perfectamente tres nombres de la descendencia de Sení, el último de los cuales fué conocido todavía en tiempos de Homero, del que hizo éste sus *Arimis*. Pero ha resultado mucho más difícil poner á los sabios de acuerdo con respecto á *Lud*, que podría ser muy bien la Lidia, tan poderosa en el Asia menor. Se disputa igualmente la averiguación de si los caldeos, tan tristemente célebres en la historia antigua, opinando unos sean los descendientes de *Arphaxad*, que es el tronco de los hebreos y de muchos otros pueblos semíticos, establecidos probablemente en Armenia y en la alta Asiria, donde se conoció una provincia llamada *Arrapachitis*; al paso que opinan otros que los expresados caldeos desciendan, bien de los *chalibes* griegos, ó de los escitas invasores del Asia, ó tal vez de una raza indígena, que bien pudiera ser el tronco de los armenios y de los kurdos. Pero es lo cierto que nadie ha determinado datos positivos con relación á los primeros tiempos de este pueblo, que, introducido en la historia por autores hebreos, empieza con la ferocidad de los primitivos conquistadores, para ser luego rico, civilizado y amante de las ciencias profanas.

La geografía hebraica é historias subsiguientes concuerdan en suponer el Asia occidental como base de vastísimos imperios conocidos en la antigüedad; y aun cuando en vano se buscan al presente las ruinas de *Babel* ó *Babilonia* y de *Ninive* ó *Ninus*, no sería menos vano pretender borrar la memoria de asirios y caldeos de la historia de los pueblos por ellos sometidos. Tiempos aquellos de asoladoras guerras, el paso de un conquistador destruía estados y fronteras; y la nación vencida, arrancada como de raíz de su seno natal, resultaba condenada á arras-



trar la dolorosa existencia del cautivo allí donde se le antojaba al capricho del vencedor.

Es, pues, de suponer fundadamente que las soberbias capitales de Nínive y Babilonia aprendiesen á conocer los príncipes cautivos como los hombres de mayor distinción entre las naciones conquistadas; y si se agrega á ello que el lujo que en ellas dominaba, superior á todo encarecimiento, hacía indispensable el concurso de numerosas caravanas procedentes de países remotos, se comprenderá de la manera lógica con que debieron introducirse y estudiarse en consecuencia las primeras nociones geográficas. Además, los grandes ejércitos que en aquellos tiempos invadían el Asia occidental tenían su principal fuerza en el arma de caballería; de manera que, según un hebraico dice hablando de los caldeos, «sus caballos superaban en velocidad á las panteras; parecía una bandada de águilas más veloz que el viento.» Estas circunstancias explican á un tiempo la rapidez de sus conquistas, de que habla la historia de aquellos tiempos, y la extensión de sus conocimientos geográficos, si bien limitados aquellos países del Asia occidental á gentes que los reconocen en viajes por tierra.

Al mediodía de los imperios de Nínive y Babilonia se encuentran muchos pueblos amigos de la libertad, que cambian de morada en relación á su inquieto espíritu, entre los cuales se distinguen los *edomitas*, raza muy antigua, conocida ya de los griegos con el apelativo de *idumeos*; los *madianitas*, que figuran en la historia por menos tiempo del que se podía creer tratándose de un pueblo que conoce y practica el comercio; *nabaiöths* ó *nabateos*, según los historiadores griegos y romanos, tribu que figura entre las del noroeste de Arabia, y que pretende remontarse hasta el mismo Ismael; y

muchas otras tribus árabes del centro y del mediodía, entre ellos los *homeritas*, fundadores en Yemen de un imperio, floreciente por mucho tiempo; todos los cuales tienen la pretensión de descender de *Joctan*.

Hermanos de todos estos pueblos se llaman los hebreos, como nietos de Sem por *Arphaxad*, en apoyo de cuya opinión existe igualmente cierta afinidad entre los idiomas respectivos; *Hadramaout* ó *Hazarmaveth*, comarca arábiga, llamada aún así en nuestros días; *Chevila Chaulam*, dos cantones; y *Uzal* designa aún á Sana.

Parecidos á los modernos beduinos, la mayor parte de los antiguos árabes, y aun los mismos hebreos, llevaban una existencia errante: pacíficos soberanos de sus desiertos, tranquilos patriarcas de sus familias, frugales dueños de numerosos rebaños, reducíase toda su ambición á que les concediera el cielo un poco de sombra, abundancia de pastos y fuentes claras. Los *homeritas*, por su parte, pueblos esencialmente agricultores, construyen diques para detener la marcha de los torrentes, que se precipitan impetuosos de las montañas y acueductos para conducir donde es necesaria el agua que fertiliza sus campos.

Otras familias con tendencias comerciales doman el camello, llamado por ellos *buque del desierto*, y en sus robustos lomos trasportan á Siria, á Babilonia y á Egipto los aromosos productos y las piedras preciosas en que abunda la Feliz Arabia, como han de conducir en lo venidero, desde sus costas, los productos de la India que desembarcan los navegantes en sus playas; sin que sea posible indicar siquiera la época en que comenzaron las relaciones mercantiles entre los árabes de la parte meridional y los indios; pues, si á la verdad no existe duda de que supieron aquéllos escribir desde las épo-



cas más remotas, han llegado solamente hasta nosotros fragmentos de bellísimas poesías, que no tienen dato alguno despreciable para la geografía.

La raza de hombres conocida de Moisés y de los hebreos viene representada como la posteridad de *Cham* ó *Ham*, hijo tercero de Noé; y las maldiciones de que todos los escritores hebreos la llenan parece comprobar que ha debido forzosamente diferir de los pueblos semíticos, ya sea por su constitución física, su lengua ó sus costumbres. *Ham* ó *Cham*, nombre que puede significar el color tostado de estos pueblos, ó el calor, que constituye la primera cualidad del bajo clima en que vivían, concuerda perfectamente con *Chamis*, que es el nombre con que conocen el Egipto los indígenas antiguos y modernos. Hay más: teniendo Cham un hijo llamado *Mizr*, *Mizraim euploval*, nombre que dan aún al Egipto los árabes y turcos muy particularmente al Delta. Así se comprende fácilmente la geografía mosaica en este punto; pues, si bien no es posible fijar sobre el globo el asiento de todos los pueblos descendientes de Mizraim, no priva ello de conocer que el texto sagrado se refiere á Egipto y á buena parte de las costas africanas del golfo Árabe. No deja de ser también clarísimo que el nombre de *Kusch*, uno de los hijos de Cham, señala los pueblos de la Arabia meridional y oriental, en los cuales situaron los geógrafos romanos la Saba, Sabbatha y Rhegma, nombres que concuerdan con los de algunos descendientes de Kusch, conforme á las relaciones hebraicas. Se ha supuesto igualmente que estos pueblos se esparcieron por las inmediaciones del golfo Pérsico, y que colonizaron la Abisinia; pero no existen datos bastante robustos para acreditar el asentamiento de afirmaciones semejantes.

La geografía de los hebreos resulta

más luminosa cuando trata de las tierras de la Palestina, tierras en las que se realizó la mayor catástrofe de que nos habla la historia, en la que Sodoma y Gomorra se vieron sumergidas en las profundidades del mar Muerto. Palestina debía el nombre con que la conocieron los griegos á los filisteos, pueblo oriundo del Egipto y procedente de Chipre. Habitaban aquel país, á la llegada de los filisteos, tribus de cananeos, hijos de Cham; cuya circunstancia podría explicar por qué los fenicios, que tenían por lengua la cananea, penetraron tan fácilmente en África, como tampoco ha de sorprendernos mucho la prosperidad comercial de Tiro y Sidón cuando recordemos el excesivo número de extensas poblaciones de Palestina y Siria á las cuales se refieren los hebreos.

Muy anteriormente á Atenas existieron Damasco y Hamet, Hebrón y Jericó. Sidon fué cantada por Homero; y la soberbia Tiro, reina de los mares, debió indudablemente á muchos siglos de trabajo aquella grandeza mercantil cuya prosperidad exalta el profeta Ezequiel durante los tiempos en que Roma, bajo el imperio de Tarquino *el Antiguo*, edificaba sus primeras casas en sustitución de sus chozas primitivas. Entonces levantaba Tiro sus edificios soberbios, empleando en su construcción los cedros del Líbano, las encinas de Bazauca y las exquisitas maderas de Chittim, *Citium* en Chipre, cuyo puerto era considerado el gran bazar de las producciones del Asia, del Egipto y de Grecia, cargando también las caravanas de la Feliz Arabia, procedentes del Cane y otras varias poblaciones importantes, aportando piedras preciosas, especies aromáticas y tejidos de la India, primorosas telas de Egipto, purísimas y blancas lavas de Damasco, plata, estaño, plomo y otros metales del Asia menor, conducidos en buques de



*Tarschich*, Tarso de Sicilia tal vez, al propio tiempo que los jonios acudían á aquel gran mercado en busca de esclavos probablemente, de manufacturas y artefactos de toda especie.

Colocados en las cercanías de una población en la cual refluían tantas naciones, los hebreos, que vendían á los tirios sus tribus, sus aceites y demás artículos de su comercio, debieron interesarse, por consiguiente, en bien de los muchos extranjeros que acudían á visitar la capital fenicia. Es esto lo que se puede apreciar de las relaciones geográficobíblicas, teniendo en cuenta que sus límites se extienden, al norte, no muy lejos del Cáucaso; por el oeste al archipiélago griego; y al mediodía á la embocadura, poco más ó menos, del golfo Arábigo. Algunos comentadores, harto celosos, de los sagrados libros, pretenden que Moisés se propuso enseñarnos la manera como fué distribuída la tierra habitable entre los descendientes de Noé; pero nosotros creemos dar mejor interpretación al pensamiento del legislador hebraico diciendo, como hemos dicho, que jamás fué la idea ni la misión mosaica escribir geografía para las generaciones venideras después de ocho ó diez siglos. Tales son los datos ó indicios geográficos correspondientes á aquellos pueblos y tiempos, confundidos en las historias que hasta nosotros han llegado, para fundar en ellos apreciaciones admisibles.

Se creará tal vez que pasamos á dar cuenta de la geografía de los fenicios vecinos de los hebreos, en la cual los grandes viajes, según generalizada opinión, se refieren á la época en que fué invadido Canaán por *Josuah* ó Josué. Fuese lo que fuese de aquellos viajes, no ha sido trazada su verdadera y clara historia por ningún escritor contemporáneo de probada autenticidad, y el mismo *Periplo de Hannón*, no muy anterior á los tiempos

de Herodoto; creemos deber pasar al examen de las primeras ideas geográficas de un pueblo al cual debemos casi todo lo que sabemos positivamente de los descubrimientos fenicios. Hablemos de los griegos.

Los primeros elementos de la geografía griega hay que buscarlos en sus dos poemas nacionales ó casi sagrados: la *Iliada* y la *Odisea*. Fué tal el respeto que sentían los griegos por la geografía de Homero, que aun en los mejores tiempos de su apogeo científico discutieron muy seriamente aquellos sabios los detalles más palpablemente fabulosos del viaje de Ulises, y solos veinte versos de la *Iliada* dieron origen á una obra dividida en treinta libros. Si es cierto que algunos genios privilegiados, como Herodoto, Polibio y Eratósthenes, se atrevieron á sacudir el peso de la opinión general, distinguiendo en Homero los detalles topográficos verdaderos y exactos, aunque circunscritos á limitada proporción; sus opiniones relativas á la estructura del mundo, tan cándidas é infantiles como pudiera concebirlas la humanidad naciente, y sus asertos vagos y casi insensatos, contradictorios y fabulosos, que, subordinados á una cosmografía falsa, hacían de las regiones apartadas otros tantos maravillosos países de hadas; no es menos cierto tampoco que los más distinguidos escritores, ó los que estuvieron más en boga, Estrabón el primero, torturaron su ingenio para encontrar hasta en las más inverosímiles ideas cosmográficas de su poeta favorito el más admirable acuerdo con los descubrimientos modernos. De lo cual se deduce que la geografía antigua sería, en conjunto, un enigma inexplicable, si no se precediera su estudio de la exposición de algunas invenciones poéticas, de las que no llega á desprenderse jamás por completo.

El escudo de Aquiles, forjado por Vul-



cano y descrito en el décimo octavo canto de la *Iliada*, es patente muestra de la idea madre ó dominante en la cosmografía de aquellos tiempos. En dicho escudo se representa la Tierra por medio de un disco, rodeado por completo del río *Oceano*. Por extraordinaria que parezca la calificación de río dada al *Oceano*, es tan común encontrarla no solamente en Homero, sino en otros poetas antiguos, que hay que convenir en que formaba parte literal de las ideas geográficas admitidas entonces. Hesiodo llega hasta el punto de describir los orígenes del *Oceano*, que coloca en la extremidad occidental del mundo, descripción que va trasmitiéndose por siglos entre los autores que siguen á Homero por un espacio de más de mil años. Herodoto nos dice categóricamente que los geógrafos de su tiempo dibujaban sus mapamundis con arreglo á las ideas emitidas, ó sea la Tierra en la forma de un disco perfectamente redondo, y el *Oceano* representando un río, que envolvía la Tierra por completo.

La esfera terrestre, *Orbis terrarum*, estaba, según Homero, cubierta por una bóveda sola de un firmamento, encima del cual, así de día como de noche, y sin la menor interrupción, rodaban los astros en carrós arrastrados por las nubes. El Sol partía al amanecer del *Oceano* oriental, precipitándose, al venir la tarde, al occidente, desde donde un buque de oro, misterioso trabajo de Vulcano, se lo llevaba con extraordinaria rapidez de nuevo á Oriente por la línea del norte. En las profundidades de la Tierra coloca Homero, no la mansión de los muertos ni las cavernas de *Hades*, sino una bóveda llamada *el Tártaro*, igual y correspondiente al firmamento. Debajo de esta bóveda moraban *los Titanes*, enemigos de los dioses, á cuya subterránea vivienda no llegaban jamás el soplo de

los vientos ni la luz del día. Varios autores que florecieron un siglo después de Homero se adelantaron hasta determinar la altura del firmamento y las profundidades del *Tártaro*, sentando que un yunque desprendido del Cielo necesitaría nueve días para llegar á la Tierra, y otros tantos para ir á parar desde la Tierra á las mayores profundidades del *Tártaro*.

De conformidad con la cosmografía de Homero, los límites del mundo se hallan, naturalmente, cercados de la mayor oscuridad: las columnas del Cielo y de la Tierra, de las cuales es guardián el *Atlas*, descansan sobre cimientos ignorados. Indudablemente, por efecto de esta ignorancia, la idea de las columnas de sostenimiento se abandona por los autores que siguen á Homero, sin embargo de que este sistema es un tanto parecido al de los indios y hebreos. Más allá de esta circunferencia misteriosa, «donde terminaba la Tierra y empezaba el Cielo, se extendía infinitamente el *Caos*, confusa mezcla de la verdad y de la nada, golfo en el cual se encuentran todos los elementos del Cielo, del *Tártaro*, de la Tierra y del Mar tenebroso, antro temido de los mismos dioses.»

Tales fueron, en tiempos de Homero y mucho después, las ideas de los griegos sobre la estructura del mundo, ideas que asimismo, después de reconocida por los geómetras y astrónomos la redondez de la Tierra, continuó influyendo en las relaciones de los viajeros, geógrafos é historiadores; idea renovada y consagrada por los primeros geógrafos cristianos, y que aun hoy domina en el lenguaje vulgar de todas las naciones. Luego veremos como las suposiciones más oscuras de la geografía antigua tienen una clara y natural explicación desde que se vuelven al fabuloso sistema de origen común; pero procurandó distinguir antes cautelosamente el centro de aquel mundo ima-



ginario, la inteligencia de las comarcas verdaderamente conocidas de Homero, sobre las cuales da frecuentemente nociones topográficas de la mayor exactitud.

La redondez de la Tierra, tal como la concibió Homero, estaba dividida por el Ponto Euxino, el mar Egeo y el Mediterráneo, en dos partes: la septentrional y la meridional, á las cuales más tarde llamó Anaximandro *Europa* y *Asia*, tomados anteriormente en un sentido más estrecho. Semejante división, que no parece ser desconocida de Herodoto, y que con algunas modificaciones y contradicciones subsistía aún en tiempo de Eratóstenes y mucho después, nos explica el por qué tantos autores antiguos creyeron que el río *Phasis* era el límite de la Europa y del Asia, suponiendo que este río constituía una comunicación entre el Ponto Euxino y el Oceano oriental, como el *estrecho de Hércules* comunicaba el Mediterráneo con el Oceano occidental. Hecateo, considerando el Nilo (río *Ægyptos* de Homero) como un tercer canal de comunicación entre el Oceano y el mar Interior, inició la idea de una tercera parte de mundo, la Libia, llamada después *África*; pero, cuatro siglos después de Homero, el padre de la historia parece mirar aún la Europa y el Asia como las dos únicas partes del mundo.

El centro del disco de la Tierra parecía ocupado por el continente y las islas de *Grecia*, que en tiempos de Homero carecían aún de nombre apropiado; y, por consiguiente, el centro de Grecia venía á ser el centro del mundo. Según el sistema homérico, dicho centro correspondía al monte *Olympo*, en Thesalia; pero los sacerdotes del célebre templo de Apolo en *Delphos*, conocido entonces con el nombre de *Pytho*, hicieron cundir muy diestramente y arraigaron una tra-

dición, según la cual dicho templo fué considerado como el verdadero centro de la Tierra habitable. Al norte de este punto central, las comarcas que se llamaron después *Thesalia* parecen designadas por Homero sobre la llanura de *Pelasgicum Argos*. Los pelasgos parecen haber sido los primeros habitantes de Grecia. Entre las numerosas tribus thesálicas existió una que llevaba el nombre de *helenos*, nombre que llegó á ser después común á todos los griegos. Homero conocía bastante bien esta parte de la geografía, acerca de la cual difiere poco de Pomponio Melo, á quien se debe la mayor parte de los datos más positivos de su tiempo. El gran autor de la *Ihada*, y se le considera como al primer poeta, ó como personificación de tradiciones y poesías remotísimas, nos traza al norte de la Grecia Thavacea, en las cuales parecen comprendidas las regiones de la Pieria, Emathia y Peonia, que formaron después la Macedonia; conoce los ríos Axyo Strymon, pero no hace mención del Helveo ni tiene la menor idea del Danubio, indicado un siglo después por Hesiodo con el nombre de *Ister*. Los pueblos cuyos moradores, al decir de Homero, se alimentaban con leche de yegüas, son, según Estrabón, los scytas; pero el padre de la poesía no da á entender siquiera que conociera su nombre. Marca el gran poeta la isla de *Corcyra* en el extremo del inmenso mar; sentado lo cual, no tiene nada de particular que las costas meridionales de Italia aparecieran á la vista de Homero como veladas por la oscuridad de la distancia. Y, con relación á la ciudad que llama *Téniere*, á la cual hace que aborden los marinos de Taphos, isla próxima á Ithaca, para cambiar el hierro por el cobre, asimismo puede ser *Tamesa* de Chipre que *Tempsa* de Calabria.

El estrecho que separa de Sicilia á Ita-



lia es, por así decirlo, el vestíbulo del fabuloso mundo de Homero: el triple flujo y reflujó, los aullidos del monstruoso Scylla, los torbellinos del Charybdis, los peñascos flotantes, todo ello demuestra que el poeta va desviándose de la verdad, y que se han de cerrar los oídos á los cantos de la sirena homérica.

La misma Sicilia, bien que conocida bajo el nombre de *Trinacria*, se nos presenta cuajada de prodigios: aquí los rebaños del Sol yerran en halagüeña soledad al cuidado de las ninfas; allí los cíclopes, sólo provistos de un ojo, y los antropófagos lestrigones, alejan al viajero de una tierra que brinda con sus trigos y su vino. Nótese, sin embargo, que coloca Homero en Sicilia dos pueblos de nombre verdaderamente histórico, á saber: los *sicanos* y los *sicelos* ó *sicalos*, sin que pueda averiguarse si los sicelos de Homero moraban ya en la isla que de ellos recibió el más usado entre sus nombres, ó si habitaban todavía su antigua patria Italia. Todo lo que por el poeta sabemos es que los griegos mantenían con aquel pueblo un gran comercio de esclavos, puesto que los amantes de Penélope proponen á los sicilianos que les vendan á Ulises, y que se hallan en Itaca esclavos del mismo pueblo. Do quiera reinaba probablemente tan bárbaro comercio, y hasta los hospitalarios feacios se ocupaban en robar esclavos por las costas de Epiro; mas no debe suponerse que se tratase de esta suerte á los conciudadanos, y en la misma Odisea vemos que una anciana fenicia observa «que sólo se venden los hombres á naciones que hablan distinto idioma.»

Al occidente de Sicilia nos hallamos ya engolfados en la región de las fábulas, pues ni las islas encantadas de *Circe* y de *Calipso*, ni la isla flotante de *Eolo*, deben ser buscadas en el mundo real. Con todo, la posición arbitraria dada á estas tierras

por el poeta nos manifiesta que, según su sistema, una de las puntas de Sicilia estaba vuelta hacia el norte, otra hacia el occidente, y la tercera hacia el mediodía, de manera que la costa del norte se convertía en occidental; y es de notar que esta conversión dada al triángulo de Sicilia se conservó posteriormente en los sistemas de los geógrafos griegos, y constituye una de las bases elementales, sin las cuales es imposible reconstruir los mapas de Eratóstenes y de Estrabón.

El Mediterráneo, más allá de Sicilia nos lo presenta Homero tan reducido que basta á Ulises un solo día para pasar de la isla de Circe á la boca del Oceano, haciéndola regresar luego, también en una sola jornada, de la mansión de la hechicera al estrecho de Sicilia; y, por más que no sabemos insistir sobre las distancias de un viaje hecho bajo los auspicios de Circe, no cabe duda que las ideas de Homero en este punto eran poco más ó menos las de su siglo, cuando, en tiempos mucho más recientes, historiadores y geógrafos continuaron colocando la entrada del Mediterráneo muy próxima á Sicilia. Herodoto no conoce punto alguno entre Cartago y las columnas de Hércules; y Heráclides del Ponto, discípulo de Aristóteles, hablaba de Roma como de una ciudad muy cercana al Oceano. Dicearco, también discípulo de Aristóteles, sólo cuenta siete mil estadios de Sicilia á las Columnas, y el mismo Estrabón sólo lo extiende á trece mil: ¡prueba evidente de la lentitud con que se desenvolvían los conocimientos geográficos en las naciones más cultas de la antigüedad!

El mapamundi homérico terminaba al occidente por dos países fabulosos que han dado origen á muchas tradiciones entre los antiguos y á muchas discusiones entre los modernos. Junto á la entrada del Oceano, y no lejos de las sombrías cavernas en que aparecen los muertos,